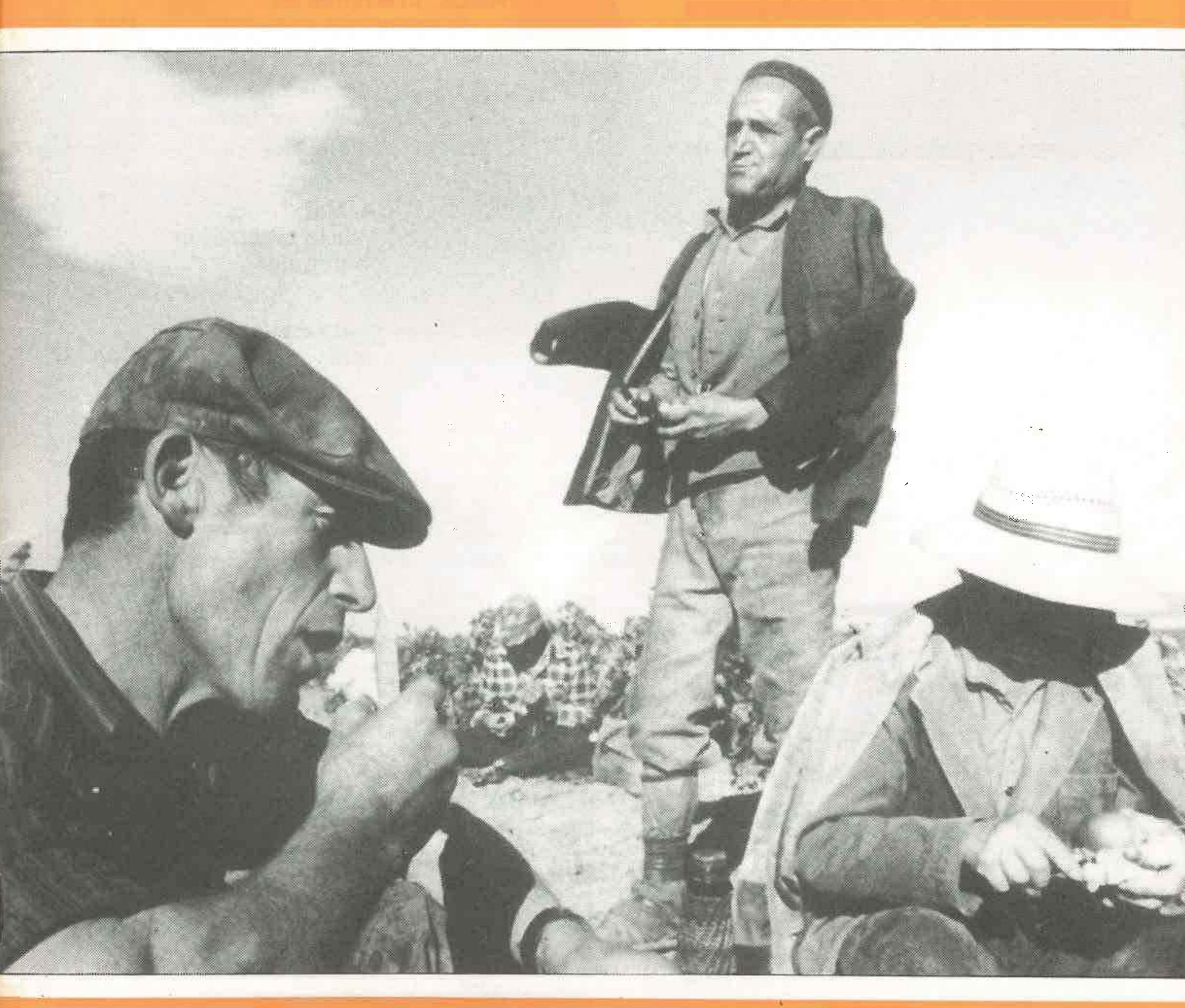
inprecor

Nº 49 Junio 1986 Revista política bimestral 250 pts.



EUROPA. Consecuencias sociales de la crisis. *E. MANDEL*

E. ESPAÑOL. Empleo y desempleo. *Daniel RAVENTOS*

ORIENTE MEDIO. 20 años de lucha palestina. *LCR-Israel*

CENTROAMERICA. Marxismo e "Iglesia popular". *G. GIRARDI*

TEORIA. Capitalismo versus democracia. *Michael LOWY*

inprecor

revista política bimestral de la Liga Comunista Revolucionaria.

Director: Miguel Romero. **Maqueta:** Encarna Albarrán. **Fotocomposición:** Esperanza Valiente. **Imprenta:** Gráficas Canigó. **D.L.** 40029/79.

Boletín de suscripción

- anual (6 números): Estado español, 1.500 ptas. Europa: 27 dólares. Resto del mundo: 35 dólares.
- *cheque o transferencia bancaria a:* LCR. cuenta corriente nº 01-504000-2 del Banco de Vizcaya. Agencia urbana Glorieta de Bilbao. MADRID.
- *envíos contrareembolso:* enviar una carta a **Editorial Leviatán. Apartado de correos 50.370 (Cibeles). 28080-MADRID,** con los datos del boletín que viene a continuación:

Nombre . . . .

Dirección . . . .

Código Postal . . . . **Ciudad (provincia)** . . . .

País . . . .

Renovación ☐ **Suscripción** ☐

INPRECOR

revista quincenal en francés publicada bajo la responsabilidad del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

- **suscripción anual** (25 números): 250 FF. Envío por avión: 280 FF.
- **transferencia bancaria a:** PEC. BNP agencia Robespierre. 153, rue de Paris. 93108 Montreuil. Francia. Cuenta 230179/80.

sumario

inprecor



URSS. La clase obrera, hoy. *B. KRAWCHENKO*
ECONOMIA. La espiral de la deuda externa. *Ernest MANDEL*
PERU. Avances en la unidad de los revolucionarios.
NICARAGUA. El debate sobre la nueva Constitución.



La prolongación de la crisis capitalista arrastra una cantidad creciente de explicaciones míticas de economistas e ideólogos burgueses y también muchas inquietudes, dudas, problemas de perspectivas y de tareas en el movimiento obrero y las organizaciones revolucionarias. En una reunión de las direcciones de las secciones europeas de la IV Internacional, Ernest Mandel presentó un informe global sobre las consecuencias sociales de la crisis, que consideramos un marco de referencia de extraordinaria utilidad. En algunos puntos, como el supuesto "declive" de la Europa capitalista o la estructura del paro, Mandel desarrolla ideas que ya estaban presentes en dos artículos suyos, pero particularmente sobre el impacto de las nuevas tecnologías, los problemas de la reorganización del trabajo y las perspectivas de la burguesía y de la clase obrera hay muchas ideas nuevas que ayudarán a una reflexión necesaria.

Daniel Raventós, que es uno de los responsables sindicales de la LCR, ha estudiado el problema del paro en el Estado español desde un punto de vista poco habitual: centrándose en la situación del sector servicios y haciendo un análisis comparativo respecto a la situación en la OCDE.

INPRECOR se ha ocupado menos de lo necesario de la situación en Oriente Medio. Por ello nos ha parecido especialmente útil publicar un texto de carácter general sobre la lucha de liberación palestina. Se trata de una resolución de nuestras camaradas de la LCR de Israel. La lectura de una resolución política en el marco de una revista plantea siempre algunos problemas formales, que tienen poca importancia respecto al interés del texto que, por otra parte, tiene un carácter polémico en varios de sus puntos. Trataremos de dar continuidad a este debate en próximos números de INPRECOR.

La "teología de la liberación" y las organizaciones y movimientos de "Iglesia popular" tienen una creciente importancia en el "tercer mundo". La entrevista de F. Betto a Fidel Castro sobre estos problemas es significativa del interés de una problemática que debe conocerse también en Europa. El texto de Giulio Girardi nos parece una excelente introducción a estos debates.

Los artículos de Michel Lowy sobre temas teóricos tienen siempre un alto interés. Además esta vez Lowy se ocupa de un tema de gran interés político: la consideración del capitalismo como una "escuela" necesaria para el desarrollo de la democracia. Aunque Lowy se ocupa sobre todo de criticar este tipo de concepciones respecto a los países "periféricos", su trabajo tiene implicaciones muy claras y muy útiles para los países "centrales". □

CONSECUENCIAS SOCIALES DE LA CRISIS ECONOMICA EN LA EUROPA CAPITALISTA

Ernest Mandel

Publicamos a continuación la versión revisada de un informe realizado hace algunos meses por Ernest Mandel en la reunión de los comités ejecutivos de las secciones europeas de la IV Internacional. Este texto aborda las diferentes consecuencias sociales de la crisis económica que actualmente atraviesan los países de la Europa capitalista.

Más concretamente, este artículo analiza las cuestiones relativas al empleo y al paro, a las consecuencias de la introducción de nuevas tecnologías en materia de empleo y al estado de la reorganización del proceso de trabajo. Se abordan los objetivos últimos del proyecto político y social global de la burguesía, así como el grado actual de su realización.

Finalmente, se estudian los diversos elementos de recomposición del movimiento obrero y su resistencia a los ataques llevados a cabo por la burguesía.

La larga fase de depresión económica en que se encuentra la economía capitalista no ofrece señal alguna de recuperación y se caracteriza por un aumento estructural del paro. El índice de crecimiento del paro es igual al índice de crecimiento de la productividad del trabajo, más el índice de crecimiento demográfico y menos el índice de crecimiento económico. Por término medio, la productividad del trabajo continúa aumentando de un 2,5 a un 3% anualmente; dado que el índice de crecimiento económico es inferior a esta cifra, incluso sin considerar el movimiento demográfico aparece un aumento del paro.

El trasfondo económico de la crisis

Evidentemente no se trata de una depresión económica lineal. El ciclo industrial sigue funcionando. Así pues, en el marco de esta depresión se suceden fases de recesión y de recuperación. Actualmente, prácticamente en todos los países de la Europa capitalista se vive una situación de recuperación. Pero durante 1986 ó en 1978 será inevitable una nueva fase recesiva, aunque nadie pueda predecir exactamente su fecha. La amplitud de estos movimientos coyunturales es distinta en cada caso. A este respecto, la inserción de la Europa capitalista en el mercado mundial, con la consiguiente expansión de las exportaciones, juega un papel importante. Al contrario de lo que sucedió en la segunda mitad de los años 70, la Europa capitalista se beneficia actualmente, a diversos niveles, de todas las debilidades estructurales de la economía americana; es decir, del elevado cambio del dólar, de la falta de productividad de la industria americana, del enorme déficit del presupuesto americano, de que el índice de inflación es más alto en EEUU que en algunos países de Europa occidental. Del mismo modo, podría darse la situación inversa: en cuanto comience la fase de recesión en EEUU podría haber un gran descenso de las exportaciones europeas hacia aquel país. Por esta razón, en Europa la próxima recesión amenaza con ser mayor que en 1980-1982.

Es importante refutar el mito de la decandencia de Europa en el mundo, mito ampliamente extendido y cuya función política es evidente, en cuanto favorece la colaboración de clases y la aceptación de políticas de austeridad. De momento, y sin hacer especulaciones sobre el futuro, esto sigue siendo un mito. La parte de los imperialismos europeos en el mercado mundial, tanto por las exportaciones de mercancías industriales como por las exportaciones de capitales, no ha descendido. Es difícil establecer una

tendencia general, ya que hay discordancias entre países y de año en año. Pero si hay una tendencia general, va más bien en sentido inverso: hacia un ligero aumento de la parte de Europa en las exportaciones de mercancías y un neto incremento de las exportaciones de capitales. Esto es incluso sensacional, pero evidentemente se puede discutir su significado. En Gran Bretaña hay una reorientación real del capital financiero hacia operaciones financieras, particularmente exportaciones de capitales que han alcanzado niveles récord, lo que no es de por sí positivo para la burguesía británica ya que, al contrario que en los países de la Europa continental, este movimiento va acompañado por una verdadera desindustrialización, al menos momentánea.

De manera general, la parte de EEUU en el conjunto del stock de capitales invertidos en el extranjero es ahora inferior al 40%. Hay que remontarse al período anterior a la Segunda Guerra Mundial para volver a encontrar esta cifra. Tanto la parte del Japón como la de Europa están en constante crecimiento. Respecto a las exportaciones mundiales de bienes industriales, la parte de la RFA permanece prácticamente estable en comparación con la mitad de los años 70, es decir algo superior al 15% del mercado mundial, y crece respecto a primeros de los 80, cuando descendió a alrededor del 14%. EEUU está por debajo del nivel de los años 70; en Japón hay un fuerte aumento. Actualmente la RFA es el primer país exportador de bienes industriales (15% frente al 14% del Japón y el 13,5% de EEUU). Esto no es precisamente una imagen de decadencia de Europa.

Lo que resulta espectacular es el crecimiento de los países semi-industrializados como exportadores de bienes industriales. Esta parte se ha prácticamente doblado de diez años aquí. Ha pasado del 6,3% en 1975, al 11,2 ú 11,3% en la actualidad. Otro mito que hay que deshacer: las exportaciones de bienes industriales de los países del tercer mundo no son esencialmente exportaciones de multinacionales americanas, japonesas o europeas reinstaladas en esos países. Esta categoría de exportaciones supone un 20 ó 25% del total. El resto son exportaciones de industrias cuyo capital es propiedad de dichos países, bajo la forma de propiedad estatal, propiedad mixta o de "joint-ventures"*.

Tomemos el ejemplo de uno de los sectores-punta más importante, el de las telecomunicaciones. Actualmente, en materia de telecomunicaciones las exportaciones europeas son las más importantes del mundo. Suponen anualmente 6.500 millones de dólares, frente a los 3.200 millones de EEUU y 5.000 millones del Japón. Y todavía es más importante el que la balanza comercial europea, así como la japonesa, en lo que concierne a aparatos e instrumentos mecánicos o de telecomunicación, es ampliamente acreedora. Mientras tanto, la balanza comercial de EEUU en este terreno es deficitaria en dos tercios, lo que supone que este país importa el doble de lo que exporta.

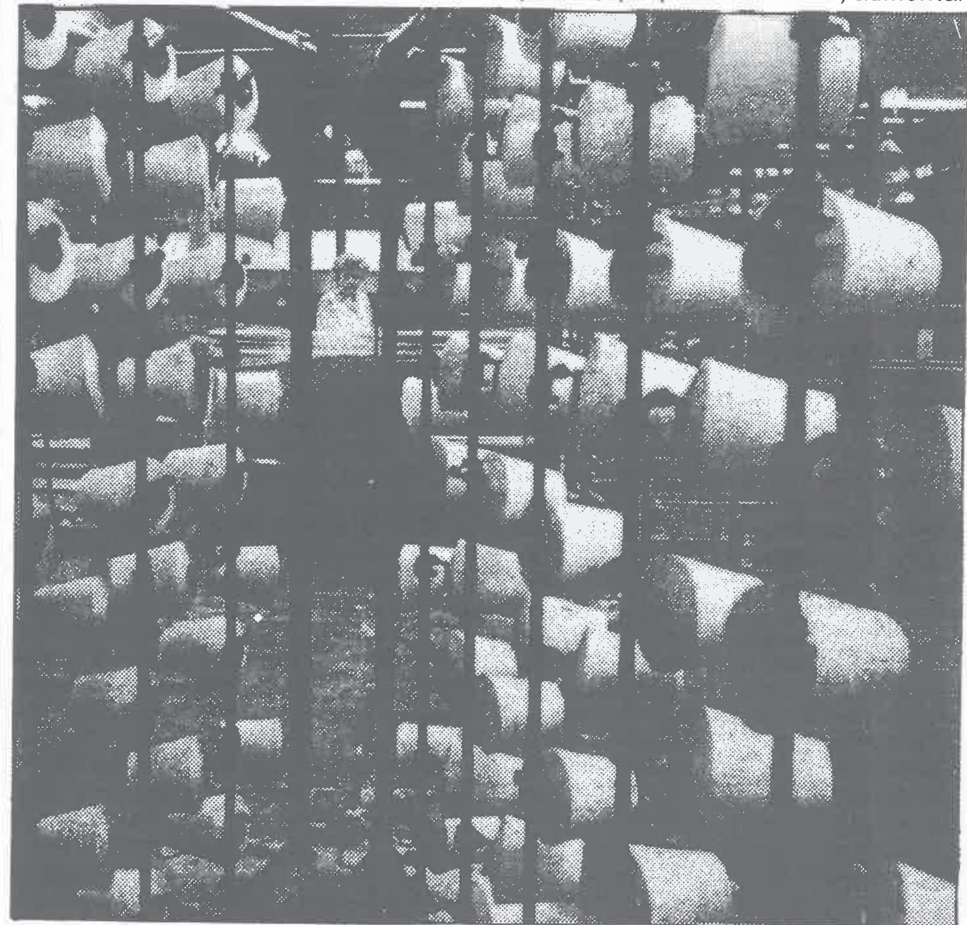
Por lo que respecta a la electrónica de alto consumo —no la electrónica-punta, militar y espacial—, hay un cambio de situación absolutamente espectacular, en perjuicio de EEUU. Este país importa el doble de lo que exporta, sobre todo del Japón, pero también de algunos países semi-industrializados.

Evolución del empleo y del paro

Veamos la evolución del empleo y del paro por ramas, antes de llegar a conclusiones sobre la evolución del empleo y del paro globalmente. A "grosso modo" se puede distinguir tres categorías de ramas de actividad: aquellas en las que hay un bajón absoluto y neto del empleo, las que están en una situación intermedia y las que experimentan un aumento de empleo.

Muy esquemáticamente, en la primera categoría, que es la de las ramas más castigadas, hay conciencia entre regresión de la demanda y efectos de la introducción de nuevas tecnologías. En ellas el empleo retrocede considerablemente. Se trata de los sectores de la construcción naval, las minas, la siderurgia, el textil, el calzado y, en cierta medida, la petroquímica y las refinerías del petróleo, aunque en este último caso la situación sea un poco mejor.

La segunda categoría es aquella en que la demanda, y por lo tanto la producción, sigue aumentando, pero a un ritmo más lento que en el pasado, y en la que también hay un fuerte incremento de nuevas tecnologías. Se trata de sectores clave, que conciernen a casi la mitad del volúmen total del empleo industrial: el automóvil, la construcción, electrodomésticos y obras públicas. Aquí no hay retroceso de demanda a medio plazo. La demanda sigue aumentando, pero ésta va acompañada de un aumento de la productividad, es decir, de la utilización de nuevas tecnologías. Así pues hay un efecto combinado sobre el empleo que es difícil de concretar, ya que la competencia actúa a fondo y la evolución es diferente de país a país. Algunos países pierden terreno en el mercado, lo que significa un retroceso de la capacidad neta de empleo; otros países, que por el contrario, aumentan



su parte en el mercado, pueden estabilizar e incluso aumentar su capacidad de empleo. De momento, la industria automovilística española parece estar en expansión, así como la industria del automóvil alemana; en ellas se contrata, mientras se sigue despidiendo en la industria automovilística francesa y británica.

Está finalmente la tercera categoría, la de las ramas de actividad en las que la expansión de la demanda y de la producción permanece por encima de la media. Paradójicamente, en estos sectores punta, las nuevas tecnologías tienen mucho menos impacto sobre el empleo que en las otras ramas. Se trata sobre todo de la construcción mecánica, de todo el sector de construcción de máquinas y bienes de equipo, la electrónica, el equipo científico, los productos médicos y farmacéuticos. La electrónica tiene una composición orgánica del capital (parte de los salarios sobre los costos de producción) por debajo de la media de los otros sectores.

Haciendo la síntesis de todos estos datos, vemos en primer lugar que aumenta la masa de los parados y los índices del paro. Pero, salvo los casos del Estado español, Portugal e Irlanda (este último país podemos dejarlo al margen, ya que se trata en realidad de un país no imperialista y no industrializado), el índice de paro se sitúa alrededor del 10%. En Gran Bretaña en los últimos cuatro años se ha pasado del 10,2 al 10,9%. Pero en el Estado español, el índice de paro es el doble. En este país la pérdida de puestos de trabajo en la industria significa más de la cuarta parte del empleo industrial, que había en 1977 (27%), hecho absolutamente excepcional en Europa.

Por supuesto, estos índices de paro conciernen al conjunto de la población activa y no dicen gran cosa sobre el volúmen de empleo. El índice de paro puede aumentar a la vez que el volúmen de empleo, todo depende de la evolución demográfica. Globalmente, las fluctuaciones del empleo todavía son débiles. A este respecto hay que refutar otro mito, aquel según el cual estaríamos en Europa y en América del Norte en plena desindustrialización o "desalarización". Las cifras de evolución del volúmen de empleo en la Europa capitalista son las siguientes: reducción del 0,5% en 1983; estabilización en 1984; ligero aumento del 0,2% en 1985. Es poco más o menos parecido a más largo plazo. Estamos ante fluctuaciones del orden del -1,2% a -1,1% desde hace diez años. Son fluctuaciones mínimas. Si las comparamos con las del período 1930-1938, la diferencia es evidente. Entonces había caidas en vertical del empleo, del orden del 30%. Las actuales bajas son bajas marginales. Esto no significa que no sea grave o que no tenga consecuencias sociales. En la industria la baja es más fuerte. Pero el movimiento es menos amplio de lo que se afirma en numerosos medios.

Respecto a Francia las cifras son muy representativas. El total de la población activa ha disminuido un 2,5% entre el 31 de diciembre de 1979 y el 31 de diciembre de 1984. El número de "autónomos" ha disminuido en 280.000 personas, el de los asalariados en 250.000, es decir una reducción del 1,4%. En la industria la reducción del número de asalariados es del orden del 10%. Pero si añadimos las telecomunicaciones y el "terciario" no comercial, la reducción baja a menos del 1%. En el comercio y los servicios financieros el empleo se estanca. En el sector público aumenta.

Sin embargo es necesario aportar algunas precisiones respecto al empleo de las mujeres y de los jóvenes. Desde el comienzo de la crisis el empleo femenino aumenta, incluso de forma bastante neta. El empleo masculino retrocede. Los índices de crecimiento del empleo femenino difieren según los países. En Dinamarca el índice de actividad de las mujeres ha pasado del 63% en 1975 al 72% en 1983, es decir un aumento del 15%, lo que es enorme en un período de crisis. En Suecia se ha pasado del 67 al 77%, es decir, un aumento cercano al 15%, en Bélgica el índice de actividad de las mujeres ha pasado del 44 al 50%, en Austria del 48 al 50%, en Francia del 49 al 51%, en Alemania del 49 al 49,6%, en Italia del 34,5 al 40%. El aumento más fuerte se constata en Noruega, de un 53,3 a un 67%, es decir un aumento del 25% en el espacio de diez años.

Es necesario matizar esta constatación dada la amplitud del trabajo precario. La mayor parte del aumento del trabajo femenino, es aumento del trabajo a tiempo parcial. En buena parte, el aumento de trabajo a tiempo parcial de las mujeres es resultado de una doble coacción económica. Los ingresos del matrimonio disminuyen a consecuencia de la crisis y las mujeres tratan de trabajar para neutralizar estas pérdidas. Por otra parte la crisis hace que haya menos empleos permanentes disponibles, especialmente para las mujeres. Pero también actúa un fenómeno socio-cultural, dada la sobrecarga de trábjo de las mujeres —trabajo doméstico no pagado más trabajo profesional—, lo que da lugar a jornadas de trabajo de 13, 14, 15, 16 horas cuando se trabaja a jornada completa. También hay una elección deliberada de una parte de la mano de obra femenina, al menos en los países nórdicos, que opta por el trabajo a tiempo parcial.

En conjunto, el incremento de trabajo a tiempo parcial es muy diferente de un país a otro. Entre 1973 y 1983 el trabajo a tiempo parcial pasó a ser de 25% en Suecia, del 21 al 24% en Dinamarca, del 16 al 19% en Gran Bretaña, del 8,7 al 21% en Holanda, lo que constituye el aumento más fuerte si las estadísticas son correctas. En Bélgica el índice pasó del 4 al 8% en Francia del 7 al 10% y en la República Federal de Alemania del 10 al 12%. Italia es el único país en el que hay regresión, del 6,4% al 4,6%, pero incluso en ésto es una cuestión de estadísticas. En efecto, en Italia una gran parte del trabajo a tiempo parcial es trabajo negro no integrado en las estadísticas oficiales.

La participación de las mujeres en el trabajo a tiempo parcial es enorme. Efectúan más del 80% de este tipo de trabajo en Europa. En la República Federal de Alemania el índice es del 92%, mientras que en otros países europeos se sitúa entre el 80 y el 85%. Tras Alemania viene Suecia con un 89,6%. En Gran Bretaña esta proporción es inferior, un 70%.

Hay un gran aumento del paro entre los jóvenes de 16 a 25 años. El paro de larga duración, en el que Bélgica tiene un triste récord, también experimenta un fuerte aumento. El índice de paro de los jóvenes ha pasado, en la República Federal Alemana, del 3,9% del total de los parados al 10% desde el comienzo de los años 80; del 15 al 26% en Francia, del 14 al 22% en Gran Bretaña, del 25 al 34% en Italia y así sucesivamente. Sólo en Suecia permanece prácticamente estable este índice, pasando del 5,1 al 6%. Entre los jóvenes de menos de 25 años, este índice pasó en el Estado español del 28,5% en 1980 al 44,5% en la actualidad. Es el índice más elevado de toda Europa. Y lo que es muy grave en todos estos países es el hecho de que en esta masa de parados hay un número creciente de jóvenes que nunca han trabajado, que nunca han tenido empleo desde que dejaron la escuela, lo que es un fenómeno con evidentes incidencias sociopolíticas, fuente de grandes amenazas para el movimiento obrero.

El paro de larga duración refleja la misma tendencia hacia el deterioro. Entre 1980 y 1984, el paro de una duración de dos años o más ha pasado del 12 al 22% en el conjunto de los parados en Francia, del 8 al 15% en la República Federal de Alemania, del 8 al 32% en el Estado español, del 13 al 20% en Italia, del 39 al 49% en Bélgica.

Evolución de la cualificación y nuevas tecnologías

Pasemos a la cuestión más delicada y también más controvertida, la de la estructura del empleo en materia de cualificación. Evidentemente nos encontramos en el centro de un proceso cuyo perfil es complejo. De momento es imposible saber cuál de las tendencias en curso va a ser predominante. Cualquier extrapolación de una de las tendencias en curso en este complejo proceso puede ser fuente de muy graves errores de previsión.



Nos encontramos ahora muy al principio de la automatización completa. Todavía estamos en lo que se llama fase de semi-automatización: no se trata de que el empleo manual o el empleo asalariado sean radicalmente eliminados de la industria. En estas condiciones la recomposición de la clase obrera, las relaciones entre los trabajadores manuales y los obreros cualificados, antiguas y nuevas cualificaciones profesionales, son muy fluctuantes según las ramas industriales o las empresas, muy diferentes en función de que en ellas las nuevas tecnologías sean amplia, parcial o solamente marginalmente aplicadas. Cualquier conclusión que parta de la generalización de ejemplos de los sectores punta, en donde es frecuente el empleo de robots, presupone algo no demostrado, es decir que en los próximos diez años el conjunto de la industria se vaya a reorganizar en base a este modelo. Nadie puede afirmarlo, porque nadie lo sabe y, de momento, esto parece muy improbable.

La introducción de una tecnología radicalmente nueva induce a una reorganización del conjunto del proceso de trabajo. Pero también hay toda una serie de servidumbres que acompañan este cambio, de las que a priori no se sabe que duración vayan a tener: el aprendizaje, la experimentación de esta nueva tecnología, la reorganización del proceso del trabajo, exigen mucha mano de obra, incluyendo, lo que no es poco, un reequipamiento, es decir, la construcción de nuevas empresas, nuevas máquinas, con las correspondientes incidencias sobre el empleo. Incidencias muy diferentes de las que tendría una situación en la que esta tecnología se encontrase ya en marcha. La burguesía, la patronal, la burocracia sindical y, evidentemente, el estado burgués y los gobiernos, utilizan de forma deliberada todo este discurso sobre la robotización para atemorizar a los trabajadores. Siempre se puede predecir que ésta será la realidad dentro de diez años; es posible, pero refiriéndose a la realidad de hoy este discurso tiene una función claramente manipuladora y simplificadora.Así, en Francia las cifras no prueban ninguna baja de cualificación de la mano de obra. El número de obreros cualificados en la industria aumentó entre 1975 y 1983 pasando de 2,8 millones a 2,9. Es posible que este hecho sea pasajero, pero ahí están las cifras. Durante el mismo período, el número de obreros no cualificados bajó de 4 a 3,5 millones. El porcentaje de obreros cualificados respecto al conjunto de los trabajadores de la in-



dustria pasó del 39 al 45%. Estas cifras no permiten hacer la dosificación entre las antiguas cualificaciones y las nuevas. El empleo obrero de cualificación antigua ha disminuido manifiestamente. El total sólo ha aumentado en cien mil unidades y las nuevas cualificaciones son numerosas. Así pues la conclusión es evidente: hay reducción de las antiguas cualificaciones.

¿En qué radica pues la verdadera dificultad de análisis?. Se trata de que en la mayoría de las proyecciones que conciernen al número de robots y a la tendencia a la robotización se abstraen totalmente las salidas, es decir el volúmen de producción y ventas. Se razona como si las nuevas tecnologías fuesen introducidas y utilizadas en función de los únicos criterios de la eficacia técnica y las ganancias en costos salariales, sin tener en cuenta el hecho de que las nuevas tecnologías implican un enorme aumento del volúmen de producción y exigen, pues, una gran expansión del mercado para que puedan ser aplicadas de forma rentable.

Por ejemplo en la producción del motor del "Fiat-uno" la productividad del trabajo ha experimentado un aumento superior al 200%, tras la utilización de ordenadores y robots. Antes hacían falta 250 minutos para producir un motor y ahora bastan 107. La cadena está organizada de forma que se pueda producir un motor cada 20 segundos. Pero el aparato productivo sólo se utiliza al 30% de su capacidad. ¿Por qué?. Porque para poder trabajar al 100% sería necesario vender dos o tres veces más coches que en la actualidad. ¿Qué quiere decir vender tres veces, más coches?. Actualmente, el aumento de la venta de automóviles es del orden del 2,5 al 3% por año. Evidentemente, hay competencia en el interior del sector. Fiat puede esperar que su parte del mercado aumente a costa de otros constructores de automóviles, pero sólo un poco. Esto es lo que limita la introducción de nuevas tecnologías. Hay que tener en cuenta el crecimiento económico en su conjunto, las salidas, los mercados, el poder de compra, las cifras de venta globales. Las proyecciones, las perspectivas de los propios industriales van en este sentido.

Durante una conferencia internacional de industriales de la robótica que tuvo lugar hace un año, las cifras que se avanzaron eran muy modestas, previendo que de aquí a 1990 se robotizaría un 1,5 ó 2% del trabajo industrial. Esto es una cifra global. Esto no quiere decir que en ciertas ramas la cifra no pueda ser mucho más elevada, pero en conjunto la tendencia a la robotización sigue siendo muy marginal.

En el famoso taller-punta de Fiat, al que hacíamos alusión unas líneas más arriba y en el que hay 103 ordenadores y 56 robots, el empleo obrero total ha pasado de 3.100 a 2.670 trabajadores,

es decir se ha perdido un 13% de los puestos de trabajo. Incluso con la introducción de nuevas tecnologías, la fábrica sigue lejos de estar totalmente automatizada.

Empleo industrial y empleo en los servicios

De forma general, desde hace más de diez años se registra un retroceso —aunque menos pronunciado de lo que generalmente se piensa— del empleo en la industria y un aumento neto del empleo en el sector llamado de servicios.

En el conjunto de la Europa capitalista el empleo industrial ha bajado anualmente un 1,2% entre 1973 y 1975, un 0,6% anual entre 1975 y 1979, un 2,9% en el período 1980-82 y un 2,6% en 1983, lo que dá una disminución acumulada del 17% en 11 años. Simultáneamente, el empleo en el sector servicios ha aumentado anualmente un 1,8% entre 1973 y 1975, un 1,9% entre 1975 y 1979, un 1,2% entre 1980 y 1982, y 0,9% en 1983. Estos valores medios ocultan fuertes diferencias entre países. Así en Italia, Estado español, Finlandia, Noruega, Suecia, el empleo en la industria siguió aumentando entre 1973 y 1975. En Grecia, Islandia y Portugal, aumentó hasta 1982. En Italia el descenso fue relativamente débil hasta 1984. Es mucho más pronunciado en Gran Bretaña, Estado español, Bélgica, Holanda, Francia y RFA.

Inversamente, el crecimiento del empleo en los servicios está por debajo de la media en Bélgica, Alemania Occidental, Dinamarca, Suiza, Estado español y Gran Bretaña. Es ligeramente más alto en Francia, Suecia y Holanda. Es muy pronunciado en Austria, Luxemburgo e Italia.

Sin embargo, estas estadísticas deben ser reexaminadas de forma crítica si se las quiere interpretar de un punto de vista marxista. En efecto, numerosas empresas que las estadísticas oficiales clasifican en el sector servicios en realidad están ubicadas en la industria desde el punto de vista de la producción de valor y por lo tanto de plusvalía. Se trata especialmente del sector de los transportes, del gas-electricidad-agua, las telecomunicaciones y el sector electrónica/software (informática-logical).

Al hacer esta reclasificación, el cuadro obtenido cambia radicalmente. Se ve que no hay ningún tipo de "desindustrialización". El capitalismo tardío se caracteriza más bien por una industrialización más pronunciada del conjunto de la vida económica, lo que se manifiesta especialmente por una mecanización acentuada (y por tanto un descenso potencial del empleo) en el sector comercial y en el sector financiero, los sectores de servicio por excelencia.

Sólo hay expansión neta del empleo no industrial en el sector público, expansión que todavía continúa. Pero también a este respecto hay que tener cuidado con las extrapolaciones. La crisis cada vez más pronunciada de las finanzas públicas, y las reducciones de gastos que lleva consigo progresivamente en todos los países, podrían reinvertir rápidamente esta tendencia.

Estos desplazamientos sectoriales del empleo implican indudablemente una recomposición de la clase obrera. ¿Implican fatalmente un debilitamiento del movimiento obrero organizado?. Tampoco se puede extrapolar en este tema. La única constante que parece deducirse es la de un crecimiento relativo del peso de los asalariados, y por lo tanto de los sindicatos, en el sector público, respecto a los sectores tradicionales. Pero esto no implica automáticamente un debilitamiento de la combatividad obrera ni de la capacidad de lucha del movimiento sindical. Paralizar los centros de telecomunicación, las grandes empresas de transporte, las centrales eléctricas, los bancos, pueden golpear a una economía capitalista tan fuertemente como ayer podían hacerlo la parálisis de las minas, de la siderúrgia e incluso de la industria del automóvil. En no pocos países, ciertos sindicatos de la función pública están hoy en cabeza de la combatividad obrera. Nada impide a priori que esta tendencia se amplíe.

Otra cosa es el saber si los bastiones tradicionales del movimiento obrero, desde el punto de vista de la concentración de mano de obra y de la tradición de combatividad, pueden ser reemplazados por nuevos bastiones. Más adelante volveremos sobre esta cuestión. Señalemos simplemente que la concentración de asalariados en los ferrocarriles, correos y centrales de telecomunicación, aeropuertos, industria electrónica, es considerable. Nuevos bastiones sindicales podrían surgir en ellos.

Evolución del nivel de vida de los asalariados

¿Cuáles han sido a largo plazo los efectos de la crisis sobre el nivel de los salarios directos reales y de las prestaciones sociales y sobre la problemática de la pauperización?. En este terreno, hay prácticamente un retroceso general del poder de compra de los trabajadores, salvo quizás en el caso de Noruega. Pero una vez más este retroceso es muy distinto según los países. También en este caso el retroceso más pronunciado se sitúa en el Estado español y en Portugal. Es también claro en Bélgica, ya que el poder de compra del salario medio ha bajado un 16% en el espacio de 7 años. En Gran Bretaña y en RFA esta baja es algo menos fuerte. En Italia y en Francia todavía es menos fuerte. En Gran Bretaña, se registra una pérdida del poder de compra del salario medio de un 7,6% desde 1979. Esta pérdida es de un 10% para los obreros manuales en los últimos 10 años. Son reducciones que varían de un 1 a un 1,5% anualmente. En Italia parecen ser del mismo orden con pérdidas del 1,2 al 1,5% por año. En la RFA también es similar con disminuciones del 1,2 al 1,3% anuales desde 1979.

Es más difícil calcular el retroceso de las prestaciones de la seguridad social. A este respecto, hay dos movimientos que se entrecruzan. En principio la prestación personal individual retrocede, pero en su conjunto las prestaciones aumentan, aunque no sea más que en función del aumento del paro. Globalmente se puede decir que las prestaciones sociales han bajado en términos de poder de compra, pero menos que los salarios.

Hay dos razones para ésto. En primer lugar, la burguesía ha estimado, por otra parte con razón, que ataques frontales contra la seguridad social provocarían reacciones más duras que ataques contra los salarios. Especialmente si se tocase la prestación de enfermedad, la respuesta podría ser general y no puntual. La burguesía quiere fragmentar la respuesta obrera. Por tanto tiene interés en retrasar los ataques contra la seguridad social en relación a los que realiza contra los salarios. Por otra parte, si bien el interés de la burguesía en reducir los salarios reales es manifiesto y universal, está más dividida con la cuestión de la seguridad social. Incluso el gobierno Thatcher, en Gran Bretaña, está dividido en este tema. Efectivamente, gracias a la red de protección a la seguridad social los efectos socio-políticos de la crisis han sido hasta ahora más reducidos que durante los años 30. En estas condiciones, romper brutalmente esta red sería evidentemente jugar con fuego.

Esto no quiere decir que no habrá ataques contra la seguridad social sino todo lo contrario. El déficit de la seguridad social aumenta al prolongarse la crisis. En estas condiciones, el sistema de protección social va a ser cuestionado en el futuro con más fuerza, aunque la burguesía, tratará tanto como le sea posible, de moderar y escalonar sus ataques. Una vez más, es el Estado español quien encabeza esta cuestión, con un ataque concentrado sobre las prestaciones de paro, dirigido pues contra la minoría más

vulnerable de la clase obrera, que no puede defenderse a sí misma. En este país prácticamente las tres cuartas partes de los parados no perciben prestación. Todavía no se está a este nivel en el resto de Europa, pero los ataques contra las prestaciones al paro van a aumentar. El resultado de todo esto es que, incluso si los gastos globales de seguridad social aumentan, el número de personas y familias que se encuentran por debajo del índice de pobreza sube considerablemente. Hay un importante debate sobre la definición de la pobreza. Como marxistas es normal no aceptar los criterios de los burgueses y de sus expertos. Pero el debare real no versa sobre la definición, sino sobre la tendencia. Cualquiera que sea la definición que se dé a la pobreza, cuando el número de pobres aumenta la pauperización se agrava. El número de pobres representa hoy en día en la mayor parte de los países capitalistas de Europa, alrededor de un 15% de la población. En el Estado español, en Portugal y en el sur de Italia, este porcentaje es evidentemente más elevado.

En la RFA, el número de personas que viven de las prestaciones públicas se ha casi duplicado, pasando de 1,4 a 2,5 millones de personas. El número de parados que no perciben ninguna prestación ha pasado de 800.000 a 2.000.000. Si se suman estas dos cifras, son casi 5.000.000 de personas las que se encuentran, manifiestamente en una situación de pobreza pronunciada. En Gran Bretaña, el número de personas que se pueden considerar como pobres, también se ha prácticamente duplicado, pasando entre 1975 y 1984 de ser 4,5 millones a ser 8,5 millones de personas. Quienes perciben lo que se llama "social benefit" medio (prestación dada a los necesitados, de alrededor de 20.000 pesetas por mes), han pasado de ser 3,7 a ser 5,4 millones de personas, y los que perciben un 10% más que esto, lo que sigue siendo miserable, han pasado de 1 a 1,7 millones de personas. Los que perciben menos que la garantía de esta asistencia pública han pasado de ser 1,8 a ser 3,2 millones de personas. Esto da un total que ha pasado de ser 6,5 a ser 10,4 millones de personas en un país de 50.000.000 de habitantes.

La situación es bastante mejor en los países escandinavos. Bélgica, Holanda y Francia se encuentran en situación intermedia. Italia, Gran Bretaña, el Estado español y Portugal están mucho peor provistos. Por otra parte, en Italia se ven diferencias regionales, especialmente entre el norte, donde más o menos hay el mismo porcentaje de pobres que en el resto de Europa, y el sur, donde la situación es cercana a la del Estado español y Portugal. Hay un fenómeno intermedio entre la pauperización puramente material y el impacto de las nuevas tecnologías, que provoca la pérdida de las antiguas cualificaciones y todo lo que esto lleva consigo de miseria moral, amargura, inquietud, miedo, desesperazión, sentimiento de inutilidad social y desmoralización.

La reorganización del proceso del trabajo

El impacto de las nuevas tecnologías sobre la organización del trabajo hace de bisagra entre el análisis descriptivo y la problemática de las relaciones de fuerza entre clases.

En la historia del capitalismo, cada vez que ha habido una larga depresión, se ha verificado una reorganización del proceso de trabajo, que no es solamente, ni siquiera en primer lugar, tecnológica.

Es difícil cuantificar esto, pero lo esencial de lo que pasa en las empresas en este terreno, es resultado de una racionalización sin nueva tecnología. Para la burguesía se trata además de aprovecharse del paro y del miedo al paro, para tomarse la revancha contra los militantes de vanguardia del período precedente. Ha habido y habrá despidos selectivos de los militantes sindicales más combativos. Muy frecuentemente para este tipo de ataques, la patronal cuenta con la complicidad previa de la burocracia sindical.

Evidentemente, desde el punto de vista económico la reorganización del proceso de trabajo tiene objetivos precisos. El crecimiento de la intensidad del trabajo es una característica general en un período de larga depresión. Es la forma más clara de aumentar la producción de plusvalía. Muchas cosas de las que se habla hoy en materia de flexibilidad, de una utilización más larga de las herramientas de trabajo, de generalización del trabajo contínuo, tienen esta función.

También tiene lugar el desmantelamiento de las conquistas del control sindical de las cadenas, acompañado por el replanteamiento del taylorismo, por emplear un término que vuelve a ponerse de moda. De nuevo no se trata de un fenómeno puramente tecnológico, sino de una evolución que posee también dimensión social. Se trata de acrecentar el control del capital sobre el trabajo, de aumentar la presión sobre los obreros, de desmantelar conquistas del pasado. En la fase precedente, se introdujeron elementos de control obrero y sindical respecto al ritmo de las cadenas o respecto a las cadencias de trabajo. Actualmente se asiste a una importante regresión en este terreno.

Esta cuestión va íntimamente ligada a otros dos problemas: ¿Hay desconcentración industrial? ¿hay desmoronamiento o al menos debilitamiento de los grandes bastiones obreros, sindicales, centros básicos de la combatividad obrera que han dominado la lucha de clases en Europa durante los veinte o veinticinco últimos años?. Es necesario matizar la respuesta.

En primer lugar, por lo que respecta a la desconcentración, hay que decir que es un hecho muy marginal. Según estadísticas de la OCDE, la parte del empleo total en las empresas de más de 500 asalariados aumentó en Suecia entre 1975 y 1983; durante el mismo período en Bélgica disminuyó algo menos de un 2% y un 3% en Francia. La parte del empleo total en las empresas de más de 100 asalariados aumentó en Holanda pero disminuyó un 2% en Dinamarca.

En Gran Bretaña, en el sector de la industria manufacturera, la parte del empleo en empresas de más de 500 asalariados pasó del 70% en 1977 al 68% en 1982, variación ínfima. En Italia, se cita la cifra del 46,4% del conjunto de los asalariados de la industria manufacturera que trabajan en 1981 en empresas de más de 500 asalariados. Teniendo en cuenta que el crecimiento del número de empresas en el sector servicios, donde el tamaño medio es inferior al de las industrias manufactureras, la impresión de una cuasi-estabilidad se refuerza todavía más.

Hay que destacar un fenómeno importante: la reducción del número de trabajadores de las empresas muy grandes. Pero la dificultad de juzgar esta evolución reside en el hecho de que incluso tras tal disminución estas empresas siguen teniendo una dimensión importante. Tomemos como referencia las empresas automovilísticas. Cuando una gran empresa se reduce de 80.000 a 60.000 obreros, hay que decir que se ha verificado un fuerte descenso de la concentración obrera. Pero una fábrica de 60.000 trabajadores sigue siendo una empresa muy grande. Evidentemente hay sectores que se han derrumbado, como la construcción naval, la siderurgia, etc. Pero allí donde los sectores globalmente han subsistido o crecido, las empresas que predominan siguen siendo muy grandes. Este es especialmente el caso del automóvil, la aeronáutica, la electrónica y la química en la mayor parte de los países: Fiat, Volkswagen, Ford, General Motors, Daimler-Benz, Seat, Renault, Volvo, Citröen-Peugeot, Siemens, Philips, GEC, Plessey, las tres "grandes" de la química alemana, las tres "grandes" de la química suiza, Rhone-Pulenc, ICI, Montédison, etc. Pero hay que incluir un matiz. No hay una ligazón mecánica entre el tamaño de la empresa, la fuerza del sindicato y la combatividad obrera. Es totalmente posible que a corto y medio plazo la gran empresa subsista, pero que el índice de sindicación disminuya y que la combatividad obrera disminuya todavía más. Así pues, hay que diferenciar estos movimientos, país a país.

Incontestablemente, algunos bastiones obreros han caido: British-Leyland, la industria de la prensa, la siderurgia y los astilleros en Gran Bretaña; la siderurgia y los astilleros en el Estado español; La siderurgia Valona en Bélgica; la siderurgia en Francia. Otros, como la siderurgia del Ruhr y del Sarre en la RFA, se han debilitado pero no han caido.

Sin embargo todavía subsisten numerosos bastiones. En Gran Bretaña, la RFA, en los países escandinavos, en la mayoría de los países del Benelux y en Austria, no hay ningún debilitamiento de conjunto de las fuerzas sindicales. Hay una reducción del índice de sindicación, pero es menor que la reducción del empleo, hecho excepcional, ya que hay que recordar que en el período de crisis comparable, el de los años 30, el debilitamiento sindical fue terrible. Tanto los sindicatos ingleses como los de la mayoría de los países de Europa perdieron en algunos casos hasta la mitad de sus afiliados. Esta vez, en los países enumerados un poco más



arriba, el debilitamiento sindical es marginal.

Hay casos intermedios como el de Grecia y Portugal, en los que la desindicación es real pero no muy pronunciada todavía. Por el contrario, hay que señalar casos de bajón de la sindicación, sobre todo los del Estado español y Francia. En ellos se puede hablar de desplome sindical. El fenómeno es más neto que en los años 30.

Dicho ésto, no hay correlación automática y mecánica entre, por una parte, la permanencia de los bastiones tradicionales del movimiento obrero desde el punto de vista numérico, la amplitud de las empresas, el peso económico de las empresas, y, por la otra, la fuerza sindical. Tampoco hay correlación automática entre el índice de sindicación y la combatividad obrera. Pueden manifestarse discordancias en los dos sentidos. Así, puede haber una baja de sindicación combinada con una combatividad obrera menos debilitada o incluso en alza. En el Estado español, la curva de las huelgas va más bien hacia arriba desde hace dos años, o al menos iba hacia arriba entre 1983 y 1984. En Gran Bretaña se verifica más bien el fenómeno inverso. En este caso el índice de sindicación sigue siendo elevado, pero la combatividad obrera retrocede manifiestamente. No hay que subestimar los muy serios efectos de la derrota de los mineros. Se trataba de algo más que de una batalla simbólica, ya que concernía a las relaciones de fuerza globales entre las clases. Los mineros lucharon valerosamente, pero permanecieron aislados. Una batalla aislada de este tipo contra todo un gobierno y toda la patronal es muy dura. Como la batalla fue muy larga hubo sacrificios muy duros para los obreros. Por ello, el efecto de la derrota es muy sensible. Lo que ahora está pasando entre los mineros (escisión sindical en el NUM, aparición de un sindicato derechista que amenaza con dividir a otros sectores de la clase obrera, o incluso al conjunto del movimiento sindical) desencadena una mecánica muy peligrosa y no hay que subestimar las implicaciones que pueda tener para el conjunto del movimiento obrero.

Tendencias de la resistencia obrera

No hay ninguna razón para desdeñar, bajo ningún pretexto, luchas por reivindicaciones limitadas o puntuales. Por el contrario, cualquier victoria obrera, cualquier lucha defensiva victoriosa, aunque sea sobre las cuestiones más pequeñas, es hoy más importante que largos discursos sobre cuestiones generales. La clase obrera debe "reaprender" que es capaz de obtener éxitos, incluso en período de depresión y de paro. Puede obtenerlos, pero en lo inmediato, no sobre objetivos de conjunto. Comprendiendo ésto, se lucha encarnizadamente, incluso con objetivos puntuales, ya que la victoria y el éxito son importantes. La pedagogia del éxito, demostrando con hechos que la lucha puede pagar, es hoy lo más importante.

El escepticismo de los obreros en cuanto a la posible victoria de su lucha es mucho más reducido cuando se trata de pequeñas reivindicaciones que están a su alcance a nivel de empresa que cuando se trata de grandes problemas. Nadie cree poder combatir el paro en una sola empresa. Pero impedir una modificación de las tarificaciones o de las clasificaciones en una fábrica está efectivamente al alcance de los obreros de la fábrica concernida en un momento determinado. Y si en tales luchas los trabajadores obtienen éxitos repetidos, esto puede comenzar a tener efectos positivos a más largo plazo.

Todo esto es puramente coyuntural. En modo alguno excluimos la posibilidad de un cambio en la situación. Hay que comparar la situación actual con otras análogas que conoció el movimiento obrero al principio de los años 30 y a primeros de los años 60. Hay que hacer este estudio en cada país, para ver cómo las luchas obreras resurgieron tras un repliegue muy largo. En general el reinicio de las luchas no comenzó con cuestiones espectaculares ni en todas las empresas a la vez, ni siquiera en ramas enteras. Comenzó con pequeños éxitos que fueron acumulándose. Evidentemente, el clima político era muy distinto. Jugaban factores extraeconómicos, como la cuestión del fascismo en los años 30. En los años 60 había un clima social mucho más favorable en su conjunto, con una situación de pleno empleo. Pero se olvida un poco rápido, por ejemplo, que tras el golpe de los generales en Argel, en Francia había militantes que se preparaban para "echarse al monte" y entrar en la clandestinidad. Tampoco se debe olvidar cómo el estado de ánimo de los trabajadores evolucionó rápidamente.

En 1962-63, la atmósfera en Francia no era muy optimista, sin hablar de la que existía en la RFA.

El proyecto global, político y social, de la burguesía

La burguesía, es decir conservadores y neo-liberales, al margen de adjetivos, tiene un proyecto político y



social de conjunto. Este proyecto va más allá de, simplemente, arrancar un cierto porcentaje suplementario en el reparto del producto nacional a costa de las masas trabajadoras o de aumentar la tasa de plusvalía y restablecer la tasa de beneficios.

Aprovechando la depresión económica y el relativo debilitamiento del movimiento obrero —fenómeno general aunque desigual según los países—, la burguesía trata de modificar permanentemente la relación de fuerzas entre las clases e institucionalizar esta modificación, lo que esencialmente significa: desmantelar las conquistas más importantes del movimiento obrero durante este último cuarto de siglo o de los últimos 50 años. Resumiendo todas estas conquistas en una sola fórmula, se puede decir que el movimiento obrero había conseguido imponer un aumento cuantitativo de nivel objetivo de solidaridad de clase, combinando legislación social, fuerza sindical, control del proceso de trabajo y peso político. Esta fórmula puede parecer "objetivista" y vaga, pero es muy real y eminentemente marxista. El peso del movimiento obrero ha actuado en la sociedad protegiendo mejor a todas las capas menos favorecidas. Este es el contenido más global de todo lo sucedido desde la crisis de los años 30.

Esta conquista era muy importante. Los marxistas revolucionarios deben ser conscientes de ello, porque esto incide en la misma definición de qué es la condición proletaria para Marx, a saber: la inseguridad fundamental de las condiciones de existencia. Esto es lo que implica la obligación económica de vender contínuamente su fuerza de trabajo, venta nunca garantizada y cuyo resultado financiero nunca está asegurado. El conjunto de estas conquistas, evidentemente, no suprimió la inseguridad de la condición proletaria, pero redujo considerablemente su amplitud para capas determinadas de la población obrera. El hecho objetivo de que un parado esté mejor indemnizado que antes, de que un enfermo o un jubilado estén mejor remunerados, y que los menos cualificados y los no organizados estén protegidos por un salario mínimo, tiene un efecto objetivo sobre la cohesión y la fuerza de disuasión de la clase obrera, independientemente de la conciencia que tengan los y las que han luchado por arrancar estas reivindicaciones o quienes se han beneficiado de ellas sin haber luchado.

Al desmantelarse parcial o totalmente estas conquistas, la solidaridad disminuye, objetivamente. Las diferentes capas se ven afectadas de forma diferente y quedan más o menos abandonadas a su propia suerte, sobre todos los y las que son más débiles: emigrantes, mujeres, jóvenes, inválidos, viejos. Pero el efecto acumulativo de este cambio se hace sensible en la clase obrera a partir del momento en que el fenómeno alcanza un cierto nivel cuantitativo. Evidentemente, hay una cuestión de transformación de cantidad en calidad. Si quienes se ven marginados son un 5% de los proletarios, los efectos sobre el conjunto de la clase no serán dramáticos. Pero si suponen un 30 ó un 35%, entonces el efecto acumulativo se hace grave. Ahora bien, este es el fin hacia el que se orienta la burguesía, al menos en los países grandes. De hecho, la burguesía no lo oculta: su proyecto es golpear de forma permanente, no sólo los ingresos sino también el "status" de un tercio o de un 40% de la clase obrera. Por esta razón está justificado utilizar el término "sociedad dual" para caracterizar el proyecto burgués, ya que si este objetivo se alcanza, si es un tercio o un 40% de la clase obrera quien se ve privada de un mínimo de protección o de solidaridad colectiva, entonces se vuelve a la situación anterior a 1914, en países como Bélgica.

Lo que ante todo facilita esta evolución es la actitud irresponsable de la burocracia sindical y obrera en general, que o bien es cómplice de esta política o bien inconscientemente al principio, se ve después arrastrada a claudicar ante la ofensiva capitalista, por electoralismo, por todo tipo de consideraciones, incluido el egoísmo, o simplemente por defender sus privilegios. Lo que por otra parte es estúpido, ya que estos "menús privilegiados" serán cuestionados a la larga si el movimiento obrero se debilita estructuralmente. Además, hay que tener en cuenta los efectos objetivos de la crisis, los retrocesos y las derrotas. Una clase obrera que constata haber perdido dos, tres, cuatro batallas y que el paro aumenta, no reacciona ya de la misma forma que una clase obrera que todavía está en plena posesión de sus fuerzas.

Es preciso constatar que el enemigo de clase posée una dirección política, un proyecto, un plan, una orientación mucho más resueltos y mucho más decididos que el personal que dirije el movimiento obrero, que desgraciadamente no muestra estas mismas cualidades.

Finalmente, hay que añadir que las fuerzas combativas del sindicalismo y la extrema izquierda política, al margen del hecho de que se estén reforzando, no gozan de una credibilidad tal que puedan en lo inmediato contrapesar el desarrollo de los otros factores. Incluso si estas fuerzas se van desarrollando, siguen siendo modestas y no pueden llegar a neutralizar por sí mismas los efectos negativos de todo lo enumerado más arriba.

Así pues no hay todavía una alternativa política global creíble, es decir, creíble para una fracción significativa de la clase obrera que considerase esta alternativa como una perspectiva por la que poder movilizarse con posibilidades de éxito a corto plazo. La ausencia de tal alternativa global creíble es en sí misma un factor de la situación.

Quizás Gran Bretaña sea la única excepción a este respecto, pero incluso este juicio es incierto. Es evidente que la izquierda del partido laborista y del movimiento sindical constituye una fuerza considerable que pesa en la situación. Pero no es evidente que represente una alternativa creíble a nivel de la clase obrera. Existe quizás una situación análoga en Dinamarca.

Así pues, en tales condiciones el proyecto de la burguesía no debe ser subestimado. Lleva a todo el movimiento obrero a la defensiva. La mayor parte de las fuerzas del movimiento obrero moderado tradicional evolucionan hacia la derecha, lo que no quiere decir que el proyecto de la burguesía vaya a triunfar automáticamente. Esto depende de las relaciones de fuerza actuales y no de las relaciones de fuerza que la burguesía querría crear de aquí a 5 ó 10 años. Actualmente estas relaciones son tales que todavía crean, en la mayor parte de los países, poderosos obstáculos a la realización del proyecto burgués. En la RFA, Italia, Gran bretaña, países escandinavos, países del Benelux, la clase obrera mantiene una capacidad de respuesta tal que, cuando las provocaciones rebasen cierto límite, la burguesía se ve obligada a retroceder, a maniobrar, a apaciguar las protestas. No puede imponer todas sus soluciones día a día, mes a mes, de forma lineal.

No obstante, debemos ser conscientes del peligro y de las implicaciones de su política. Todos los proyectos de la burguesía tienden a aumentar y a institucionalizar las divisiones en el seno de la clase obrera, divisiones entre autóctonos y extranjeros, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, adultos y jubilados, trabajadores cualificados y no cualificados, sectores de actividad en retroceso y sectores punta, sector público y sector privado y entre trabajadores de diferentes países. En este último caso, tratando de sustituir la solidaridad internacional por la aceptación de reducciones de salario a fin de poder competir internacionalmente (supuestam¡nte para "proteger el empleo") lo que lleva a reducciones de salarios reales en todos los países. La política de la burguesía pretende provocar, ampliar, institucionalizar estas divisiones, proponer medidas distintas, según los casos, para que éstas divisiones permanezcan y para que su peso aumente en las relaciones entre el Capital y el Trabajo tomados en conjunto. Sería un error negar que han obtenido algunos éxitos. A pesar de las reacciones muy positivas de los jóvenes contra el racismo, en lo que concierne a la clase obrera adulta los efectos de la xenofobia son reales en toda una serie de países de Europa. Se puede debatir la amplitud del fenómeno, pero ya hay resultados electorales que lo confirman, como los del "Frente Nacional" de Le Pen en Francia o los de las fuerzas de extrema derecha en Ginebra, Lausanne o Bruselas. Son elementos que no hay que subestimar, que no conciernen sólo a la pequeña burguesía. Es efecto no sólo de la crisis, sino de la crisis combinada con todos los factores políticos precedentemente enumerados.

A este respecto, uno de los grandes problemas es la organización de los parados. Comparando la actitud actual del movimiento obrero con la que tenía el movimiento comunista en los años 30, que desarrollaba una enorme actividad entre los parados y tenía un éxito considerable en su organización, el retroceso salta a la vista. Gran Bretaña es el caso más palpable. Estudiando atentamente el ascenso de lo que los burgueses llaman "violencia en los suburbios", estudiando lo que sucede entre los jóvenes parados de los barrios industrializados pobres, lo menos que puede decirse es que el juicio sobre este fenómeno debe ser matizado. La radicalización de los jóvenes negros es un hecho positivo, pero la "radicalización", si se puede utilizar este término, de los jóvenes hinchas de fútbol es otra historia. Escuchando la explicación que ellos mismos dan en la radio y en la televisión, recuerda más a una mentalidad fascista que a otra cosa: afirmación de la virilidad, de la necesidad de la lucha física, exaltación de la violencia por la violencia. Son temas desarrollados por los fascistas en los años 30. Hay que estar muy atentos a todo lo que pueda suceder entre los jóvenes desmoralizados que nunca han trabajado, que llevan parados cuatro o cinco años, que no tienen ninguna perspectiva, a los que el movimiento obrero no ofrece ninguna perspectiva y a los que las organizaciones revolucionarias ofrecen únicamente soluciones en los límites de sus todavía muy reducidas dimensiones.

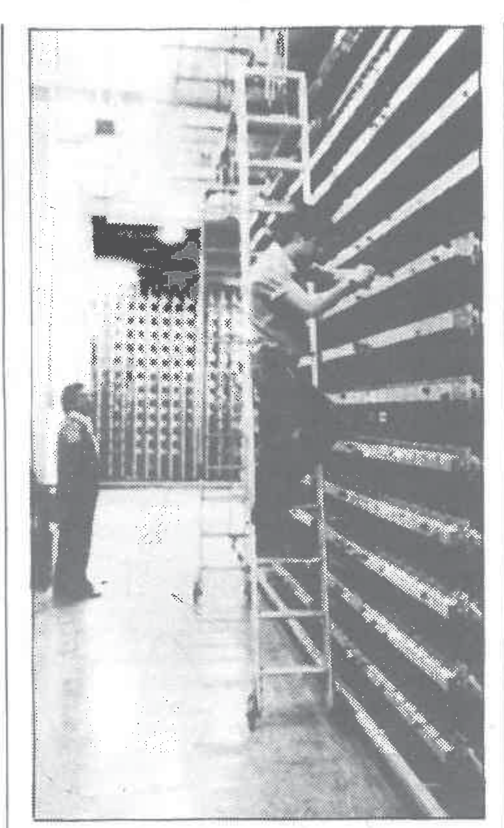
Las diferentes respuestas obreras

Globalmente, por el momento hay tres tipos de respuesta del conjunto de la clase obrera de la Europa capitalis-

ta. Hay una minoría resignada, una minoría radicalizada y una mayoría disponible para respuestas puntuales pero difícilmente movilizable sobre objetivos globales. Esto es evidentemente muy esquemático, pero parece corresponder a la situación de la mayoría de los países concernidos. La disminución del control de los aparatos burocráticos sobre la clase obrera no implica necesariamente un fenómeno regresivo. Es quizás el caso de Francia y de Gran Bretaña, pero no lo es evidentemente en el Estado español y en Dinamarca.

Tomemos el ejemplo de las amenazas de represión y de despido que en período de crisis penden sobre los militantes más combativos. En el pasado, en los años 30 e incluso a primeros de los años 50, prácticamente no tenían defensa. Hoy en día, para la burocracia sindical es una aventura lanzarse a un apoyo abierto a los despidos de los delegados sindicales. Al haber cambiado las relaciones de fuerza, deben andarse con rodeos. No se puede decir que sea exactamente la misma situación que en los años 30. La recomposición del movimiento obrero, el debilitamiento del control de las burocracias sobre el conjunto de la clase obrera organizada, es un fenómeno muy complejo. Es cierto que mientras coincida con un retroceso defensivo de las luchas obreras, este debilitamiento del control de las direcciones burocráticas no tendrá evidentemente el mismo impacto y la misma dinámica que cuando coincida con un ascenso de las luchas. Estamos pues en una fase difícil, intermedia. Apreciar esta dinámica país a país, en relación con la realidad y el comportamiento de la clase obrera, exige una adecuada implantación de nuestras organizaciones y un conocimiento importante de lo que sucede en la clase obrera. No podemos contentarnos a este respecto con generalidades o abstracciones, ni mucho menos con especulaciones.

De momento los únicos datos globales que tenemos son los de los grandes movimientos de resistencia de la clase obrera. A este respecto, el balance es diferente según los países. En la gran movilización italiana en defensa de la escala móvil que, naciendo en la asamblea auto-convocada de delegados de fábrica, culminó con la manifestación de Roma de cerca de un millón de trabajadores, hubo un debilitamiento del control de los aparatos burocráticos y a continuación una recuperación parcial de esta movilización. En la huelga general de los servicios públicos en Bélgica, así como en la huelga general de Dinamarca, el debilitamiento de este control era visible, así como la estrecha dependencia del movimiento respecto a la iniciativa sindical. En el Estado español, la huelga general estuvo también marcada por una disminución real del control de las burocracias sindicales. Por el contrario, en la RFA, el gran movimiento de los metalúrgicos, al principio por las 35 horas y después en defensa del derecho de huelga, sigue estando bajo un estrecho control sindical. Lo mismo sucedió con la larga huelga de los mineros de Gran Bretaña y con las diferentes movilizaciones de respuesta obrera en Portugal.



Estos movimientos realizados a lo largo de los últimos 18 meses, confirman la definición, prudente en resumidas cuentas, que sobre la reacción del conjunto de los trabajadores hemos dado anteriormente. Difícilmente se puede caracterizar estas luchas como respuestas de minorías radicalizadas. Confirman que sectores importantes de la clase obrera, quizás su mayoría, siguen dispuestos a respuestas combativas, aunque de forma puntual y en circunstancias particulares. A este respecto, Francia es la excepción y no la regla. Hay que seguir con atención especial la evolución en la RFA, donde la clase obrera se encuentra en situación ascendente en capacidad de respuesta en relación a otros grandes países de Europa.

Desde hace varios años, en diversos países en la Europa capitalista se manifiestan tendencias hacia la recomposición del movimiento obrero organizado y del peso de las diferentes corrientes políticas de su interior. Recordemos alguno de los fenómenos más espectaculares: fuerte retroceso de la influencia electoral del Partico Comunista Francés (PCF), aunque en las empresas sea menos pronunciado; retroceso no menos espectacular del Partido Comunista Español (PCE); hundimiento de algunos pequeños partidos comunistas (en Gran Bretaña, en Bélgica y en Holanda); espectacular ascenso de las organizaciones reformistas de izquierda y centristas en Dinamarca; ascenso de la izquierda laborista en Gran Bretaña; ascenso de los verdes en la RFA.

Nos encontramos todavía en el inicio de esta recomposición; sus límites de conjunto siguen siendo vagos. Por lo tanto, sería al menos prematuro extraer conclusiones generales sobre un ocaso universal de los PCs, un ascenso universal de la social-democracia, una expresión generalizada de la nueva radicalización obrera en el seno de la social-democracia o un desplazamiento generalizado del movimiento obrero hacia la derecha. Por no poner más que un ejemplo, el fenómeno de los verdes es muy diferente de un país a otro. En Bélgica, incluso es sensiblemente distinto entre Flandes y Valonia. Así pues, no podemos desembarazarnos de este fenómeno político con una fórmula abstracta que caracterice a los Verdes como "corriente pequeño-burguesa" o pretendiendo que "no forman parte del movimiento obrero organizado". Por ejemplo, en la RFA es imposible explicar lo sucedido si se afirma que el ascenso de los verdes expresa una evolución política hacia la derecha. Muy al contrario. No solo a ojos de amplias masas, sino también de forma objetiva, la incursión electoral y parlamentaria de los verdes ha ejercido una presión hacia la izquierda en la vida política, en la social-democracia e incluso, de forma parcial, en los sindicatos. Aparece como expresión o, si se prefiere, como recuperación electoral de los elementos de radicalización del decenio precedente, recuperación que se le ha ido de las manos a la socialdemocracia, precisamente como consecuencia de su política de colaboración de clases y de vergonzosa capitulación ante la burguesía en la cuestión de la lucha anti-guerra, del fenómeno ecologista, de las reivindicaciones feministas, etc.

Se puede lamentar que estos "nuevos movimientos sociales" se desarrollen fuera del movimiento obrero organizado e incluso frecuentemente sin hacer frente único con él, pero la culpa de ello recáe en las direcciones tradicionales del movimiento obrero, incapaces de tomar en cuenta reivindicaciones muy legítimas y progresistas, y sentidas además como tal por sectores crecientes de la propia clase



obrera, como lo confirma el movimiento por la paz y el movimiento anti-Otan en el Estado español, en la RFA, en Gran Bretaña, Italia, Holanda, Bélgica, y el impacto de la cuestión ecologista en RFA, Austria o Suiza.

Esto no quiere decir que formulemos un pronóstico optimista sobre la dinámica de los Verdes. En la RFA, la eventualidad más probáble es una evolución en sentido reformista, una transformación en tendencia social-demócrata clásica, incluso bajo la forma de una colaboración gubernamental. En otros países, pueden manifestarse tendencias más derechistas, como es el caso de Austria. Pero esta transformación provocará reacciones y diferenciaciones en el seno de estas corrientes, diferenciaciones a las que deben ser sensibles los revolucionarios.

Las movilizaciones anti-guerra, antiimperialistas, las protestas de los jóvenes, todos estos movimientos autónomos son resultado de una doble desincronización. Por una parte una desincronización objetiva, resultado de que capas sociales diferentes se ven afectadas de manera diferente por la crisis de la sociedad burguesa. Por la otra, una desincronización subjetiva de las respuestas entre el movimiento obrero organizado y otras capas distintas de la sociedad. Las organizaciones obreras tenían un gran retraso sobre estas cuestiones. Era inevitable que otras las tomasen en mano. Lo que había sucedido con la radicalización de la juventud había debido preparar al movimiento obrero para entender lo que ha sucedido en los demás campos.

Ahora se plantea el problema de reconstruir la unidad de lucha del conjunto de estas componentes de la contestación potencial al capitalismo en crisis contra la sociedad burguesa. Sobre el papel es fácil efectuar tal reunificación pero, en la práctica, las relaciones de fuerza son decisivas, las corrientes revolucionarias son todavía débiles y los aparatos burocráticos muy poderosos. En estas condiciones en la práctica la reunificación será larga y difícil. Necesita además que el proyecto socialista, el programa socialista, vuelvan a ser creíbles a los ojos de las grandes masas. Los marxistas revolucionarios deben luchar sistemáticamente por ésto. Es una de sus tareas principales, sabiendo además que no podrán por sí mismos modificar las relaciones de fuerza actuales. Así pues, en estas condiciones relativamente desfavorables, la reunificación de fuerzas en lucha contra el capitalismo no culminará rápidamente. Podrá realizarse tendencialmente, sobre todo cuando haya un nuevo ascenso global de luchas de masas.

En estas condiciones, el gran riesgo es que todos estos movimientos

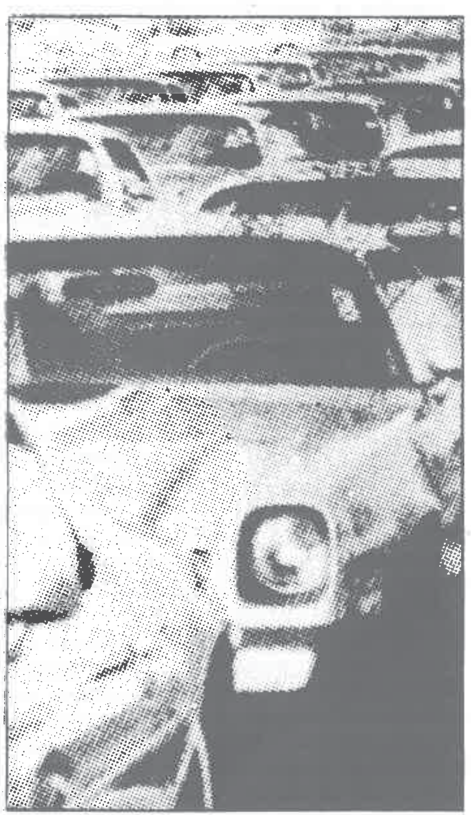
sociales tomen un cariz reformista. Pero esto no puede ser razón para romper el frente único o para irse de estos movimientos, sino todo lo contrario. La tentación reformista de los "nuevos movimientos sociales" da a los marxistas revolucionarios una posibilidad de reforzarse. Espontáneamente, sobre todo los jóvenes que se han incorporado a ellos, no son reformistas. Frecuentemente son rebeldes, refractarios al reformismo. Si las direcciones de estos grandes movimientos se deslizan por la pendiente reformista, se abre un espacio político para los marxistas revolucionarios. No hay ninguna contradicción en esto mientras se conserve el sentido de las proporciones. Un movimiento de masas de cien mil personas puede evolucionar hacia la derecha y al mismo tiempo podemos ganar a 500 ó 1.000 personas para nuestro proyecto revolucionario y para nuestras organizaciones, especialmente para nuestras organizaciones de juventud. Los marxistas revolucionarios deben por lo tanto armarse con un programa concreto y preciso para dialogar con estos movimientos; programa que ya tenemos para la lucha anti-guerra, feminista, juvenil; el último Congreso Mundial de la IVª Internacional ha mandatado a la nueva dirección a trabajar sobre un programa para la cuestión ecologista.

Más importante que estos fenómenos de los "nuevos movimientos sociales" y que su impacto político sobre la clase obrera son los fenómenos de recomposición en el propio seno del movimiento obrero organizado. Respecto a este asunto se trata de reafirmar dos constantes de nuestro análisis.

Por un lado, es imposible que,en todos los países donde las organizaciones tradicionales siguen siendo políticamente hegemónicas en el seno de la clase obrera, se produzcan fenómenos de radicalización masiva que no tengan repercusión en estas mismas organizaciones tradicionales. Por el otro, previsiones o especulaciones sobre lo que pueda pasar mañana o pasado mañana en el interior de estas organizaciones tradicionales no debe impedirnos tomar en mano las posibilidades de reforzarnos hoy ganando fuerzas, sin duda más reducidas, que se radicalizan al margen de, o rompiendo con, estas organizaciones.

No sólo no hay contradicción alguna entre estos dos análisis, sino que desde el punto de vista de la construcción del partido revolucionario el segundo condiciona en gran medida al primero. Porque, salvo en Gran Bretaña, el resultado final de esta futura radicalización en el seno de los partidos tradicionales depende en gran medida de la relación de fuerzas organizativas, numéricas, entre los marxistas revolucionarios y las demás tendencias políticas. Cuanto más nos reforcemos hoy, en influencia política autónoma y organizativamente, mayores serán las posibilidades de evitar que una futura radicalización de masas en el seno de los PS y de los PC derive una vez más hacia el reformismo de izquierdas o hacia el centrismo.

Por lo tanto es evidente el peso capital, decisivo, del trabajo sindical en una serie de países. La capacidad de los marxistas revolucionarios en demostrar en la práctica la utilidad de sus organizaciones en el transcurso de las luchas defensivas que se desarrollan actualmente les ofrece la posibilidad de ganar militantes obreros combativos en el seno de los sindicatos y de las empresas. A nivel del conjunto del movimiento sindical esto parece rebasar nuestras fuerzas, pero es totalmente posible en ciertos sectores y ciertas empresa. También está ligado a nuestra capacidad de luchar de forma sistemática con una línea política a largo plazo, basada en un programa global contra la crisis. Se trata de una lucha esencialmente propagandística que a corto plazo no va a desembocar en movilizaciones de masas. Los marxistas revolucionarios no pueden hoy organizar una huelga general por la semana de 35 ó de 32 horas. Pero la batalla propagandística es muy importante. No se trata solamente de volver a dar confianza a la clase obrera. Se trata también de volver a dar confianza a la vanguardia. Lo menos que se puede decir es que la propia vanguardia combativa no tiene mucha fe en el proyecto socialista, está desconcertada. Así pues esta batalla es una importante batalla de propaganda que se refiere a un programa, a la forma con la que se puede combatir la crisis, el paro, con la que se puede hacer retroceder la economía de mercado, combatir la división obrera, a condición de tener la voluntad política de hacerlo. Así pues, hay que coronar este programa de orientación anti-capitalista global con un objetivo político que pueda ser formulado con precisión en numerosos países. Este objetivo político central no debe quedar entre paréntesis, porque así se cae en el sindicalismo puro, en el economicismo, y se pierde credibilidad, tanto a nivel de vanguardia como a nivel de masas. Nadie cree realmente que se pueda luchar contra el paro y contra la crisis económica sector a sector, fábrica a fábrica, rama a rama. Luego, la existencia de una solución política, aunque no sea "realista" a corto plazo, sigue siendo más que nunca la condición previa para que un programa anti-crisis global sea creible.

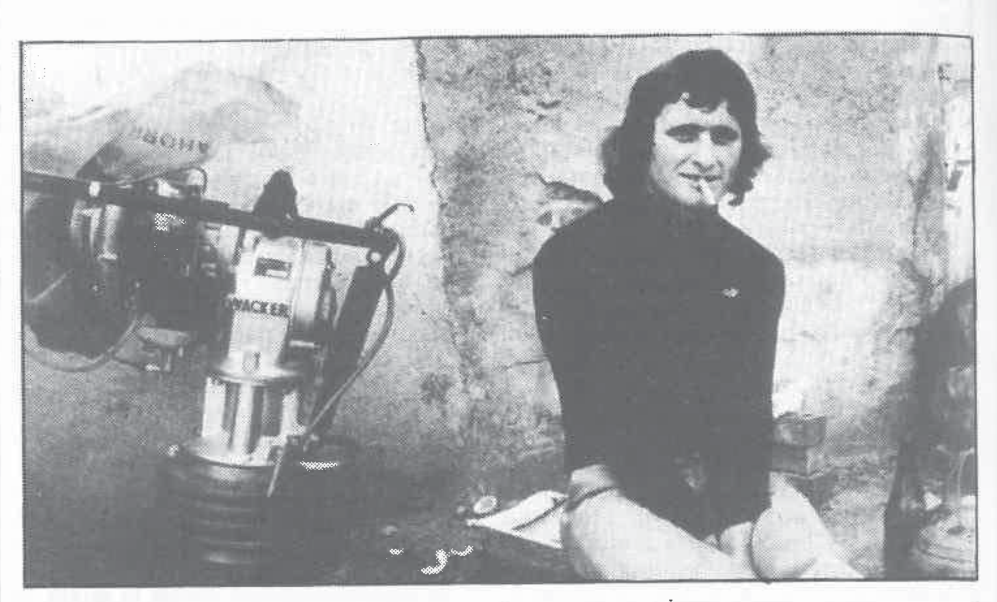


Se puede y se debe discutir de plazos, ritmos, posibilidades de luchas intermedias entre las luchas defensivas puntuales inmediatas y estos grandes objetivos, a la luz de las relaciones de fuerzas políticas, económicas y sociales en cada país, que son muy diferentes. A este respecto no vamos a plantear ningún tipo de análisis para el conjunto de la Europa capitalista. No vamos a concluir con una consigna política común al conjunto de los paíse capitalistas de Europa, con una fórmula o un modelo de recomposición del movimiento obrero común para toda Europa. Hacerlo así sería un grave error, ya que la estructura real del movimiento obrero organizado es demasiado diferente en las distintas partes de Europa como para permitir tal modelo común.

Pero cada una de las secciones europeas de la IVª Internacional debería integrar las conclusiones de este análisis en su programa de acción. Y cada una de ellas debería ser consciente de que, independientemente de la conciencia que los trabajadores tengan sobre ello, la dimensión internacional de la lucha de clases se ve objetivamente reforzada y no debilitada por la consecuencia de la crisis. La necesidad de una coordinación internacional de la resistencia de los trabajadores frente a la ofensiva internacional del capital es más importante que nunca. Fracciones crecientes de la clase obrera tomarán progresivamente conciencia de ello. □

EL EMPLEO EN LA ECONOMIA ESPAÑOLA

Daniel Raventós



Los datos disponibles sobre la población del Estado español son ciertamente preocupantes y, en determinados aspectos, sorprendentes. Y más si los comparamos con otros Estados, en concreto los de la OCDE, pues si la situación de éstos no es buena, la del Estado español es aún peor. A mediados de 1985 la población total ascendía a casi 39 millones. La población llamada inactiva representa el 65,4%, siendo pues la población activa el restante 34,6% (13.345.800 personas). Comparativamente, los países europeos de la OCDE tenían estas poblaciones repartidas al 57% y al 43%, respectivamente. De la población activa, 10.421.900 corresponden a los ocupados y 2.923.900 a la población parada. Así, la población ocupada representa sólo el 27% de la población total y el 78,0% de la población activa. Los países europeos de la OCDE sitúan su tasa de paro media en el 11% de su población activa, siendo esta tasa del 22% en el Estado español: una limpia multiplicación por dos. De los ocupados, las personas que trabajan "por cuenta ajena" son 7.213.200, es decir, el 69,2%. De estos asalariados, los hombres representan el 72% y las mujeres el restante 28%.

El Estado español tiene una proporción de la población activa respecto a la población con edad de trabajar (16 a 65 años) muy baja, el 55,5% en datos de 1984. Esto contrasta fuertemente con los países de la OCDE, pues es la tasa menor de todos ellos (cuadro 1).

CUADRO 1. Tasa de actividad de la población de algunos países de la OCDE (relación entre población activa y población en edad de trabajar)

	1970	1984
Dinamarca	74,9	81,7
Estados Unidos	66,8	73,4
Japón	72,0	72,7
Francia	67,7	66,0
Portugal	64,4	65,6
Turquía	77,7	64,9
Italia	59,5	60,1
Grecia	57,8	59,6
Holanda	59,3	59,5
Estado español	61,7	55,5
OCDE (Europa)	67,4	65,2
OCDE (total)	67,9	69,1

La cosa se agrava si tomamos la población ocupada en relación a la población en edad de trabajar (cuadro 2). Un ejemplo de la desproporción: en 1986 tendrían que crearse alrededor de 3,5 millones de nuevos empleos en el Estado español para alcanzar el nivel de ocupación medio de los países europeos. Extremo, a todas luces, alejadísimo de la realidad.

Vemos otras particularidades. Con datos de 1983, la tasa de actividad

NOTAS:

(1). Curiosa esta calificación de "desanimada", tan utilizada en las estadísticas burguesas, referida a la población que, teniendo edad y aptitud para el trabajo, está fuera del mercado laboral puesto que no cree posible lograr un empleo. Con una parte tan elevada de la población en la categoría de "desanimada", estamos ante una situación que sólo una leve mejora en las espectativas de trabajo, puede provocar un gran aumento en la tasa de paro. Esto, aunque parezca contradictorio, se explica porque podrían apuntarse en las oficinas de empleo muchas personas que ahora ni se les pasa por la cabeza ante la completa y razonable convicción de la inutilidad de este trámite. Si el Estado español tuviera la misma tasa media de actividad de los países europeos de la OCDE (65,2%, según el cuadro 1), resultaría un incremento de la población activa de ¡2.300.000! de personas que engrosarían, la mayoría de ellas, el ejército de parados.

(2). J. Alcaide Inchausti fue durante muchos años director de Estudios de Coyuntura en el Banco de Bilbao y Director General de Planificación en el Ministerio de Economía.

(3). Ver "Tratado de Economía Marxista", Cap. VI, de Ernest Mandel y "El Capitalismo Tardío", Cap. XII, del mismo autor.

CUADRO 2. Tasa de ocupación de la población de algunos países de la OCDE (relación entre población ocupada y población en edad de trabajar)

	1970	1984
Dinamarca	74,4	72,7
Estados Unidos	63,6	67,9
Japón	71,2	70,7
Francia	66,1	59,6
Portugal	62,8	60,5
Turquía	68,3	54,4
Italia	56,3	54,0
Grecia	55,4	54,5
Holanda	58,7	51,0
Estado español	60,1	43,7
OCDE (Europa)	65,2	58,0
OCDE (total)	65,6	63,2

femenina (es decir, la proporción de la población activa respecto a la población en edad de trabajar, todo referido a las mujeres) era en el Estado español del 33,1%. Para los países europeos de la OCDE esta tasa era del 49,8% de media y para el total de la OCDE del 55,3%. Irlanda que es el país más próximo al Estado español en este sentido, todavía lo supera en 5 puntos. Suecia, que es el país con mayor tasa de actividad femenina, llega al 86%. De 12,3 millones de mujeres en edad de trabajar sólo están realmente ocupadas algo más de 3 millones. Esto significa que de cada 100 mujeres en edad de trabajar, sólo lo están haciendo 24, en datos del último trimestre de 1984. Comparativamente, de 12,4 millones de hombres comprendidos en la misma edad, sólo están efectivamente ocupados alrededor de 7,4 millones, lo que quiere decir que trabajan 60 hombres de cada 100 en edad de poder hacerlo.

El paro juvenil es otra de las grandes diferencias. En 1984, la tasa de paro juvenil (16 a 24 años) era en el Estado español del 44,5%. Italia que es el segundo país con la mayor tasa de paro juvenil tenía el 34,1%, más de 10 puntos menos que el Estado español. Para comparar: Japón, el 4,9%; Suecia, el 6%; Noruega, el 7,6%...

Una tasa de actividad bajísima (lo que quiere decir que mucha población que hoy no tiene trabajo ni lo busca y por lo tanto consta como población "desanimada"(1), si se pusiera a buscar empleo por un cambio coyuntural, la tasa de paro aumentaría enormemente); una tasa de actividad femenina también muy baja (y aquí se puede aplicar la misma explicación anterior) y una tasa de paro juvenil altísima... son datos que no hacen presagiar una salida mínimamente halagüeña a la situación de paro que la crisis capitalista ha provocado. El nada izquierdista J. Alcaide Inchausti(2) indica que *«para que el paro se situara en 1996 en la cota del 5%* —lo que, añadimos nosotros, representaría que aún habría casi tres cuartos de millón de parados— el empleo tendría que alcanzar la cifra de 14.350.400, lo que, frente a los 10.500.000 personas ocupadas en 1985, equivale a un crecimiento del *36,7% (tasa anual acumulativa del 2,9%)»*. Este hipotético crecimiento del 2,9% anual acumulativo está alejadísimo de lo registrado por la economía española en el año en que se crearon más empleos. Este año fue el 1969 y la tasa de crecimiento del empleo fue del 1,06%, es decir, mucho menos de la mitad de lo que sería necesario para llegar a 1996 con el 5% de paro. Si el empleo aumentase hasta 1996 con esta tasa de 1969, el paro llegaría a ser del 18,2% sobre la población activa, lo que entonces representaría más de 2.600.000 parados. Esto, como hemos indicado, en el colmo del optimismo...

El sector servicios

Antes de exponer otras características diferenciales de la economía española respecto a otras economías capitalistas desarrolladas (nos referimos a la evolución atípica del empleo en el sector terciario), será interesante comentar algunas cuestiones que acostumbran a surgir cuando se estudia el sector terciario.

Una cuestión a tener en cuenta es la gran heterogeneidad de este sector. Pues incluye desde subsectores relacionados con la mejora de la fuerza de trabajo y su reproducción (sanidad, servicios asistenciales y enseñanza) a subsectores directamente vinculados al proceso de producción sea por el intercambio y distribución de mercancías, sea por la transformación del capital-mercancías en capital dinero (comercio), sea por la transformación de capital-dinero en capital productivo (sistema financiero); a subsectores relacionados con el turismo que vendría determinado por el consumo del ocio...

Otra de las cuestiones frecuentemente abordadas en el tratamiento del terciaro es su relación con el concepto "productivo". ¿Es productivo el capital invertido en el sector servicios?. ¿Es productivo el trabajo realizado por las y los trabajadores de este sector?(3). Antes de dar una respuesta a ésto, primero deberemos responder a qué entendemos por "productivo". Aquí podríamos tomar dos acepciones, "productivo" atendiendo a los "intereses generales de la sociedad" o "productivo" desde el punto de vista de la producción de nuevos valores. Es una distinción fundamental. Los trabajadores empleados en la fabricación de balas "dum-dum" o de aparatos sadomasoquistas, están creando nuevos valores ya que estas mercancías, al ser adquiridas en el mercado puesto que hay compradores que las desean, poseen un valor de uso que les permite realizar su valor de cambio. Nadie dudará que desde la perspectiva de los "intereses generales de la sociedad" (con todo lo impreciso que pueda ser este concepto), estos trabajadores han aportado un trabajo inútil o perjudicial. En cambio, el trabajo realizado por un empleado de una gran librería, asesorando a los consumidores entre una serie de libros y realizando otras actividades necesarias para el funcionamiento de la librería (registro de entradas y salidas, archivo...), no hay duda de que está haciendo un trabajo "productivo" desde el punto de vista de los "intereses generales de la sociedad". Ahora bien, no está creando ningún nuevo valor puesto que no se crea ninguna nueva mercancía.

Estamos en condiciones de contestar a las dos preguntas, que en realidad son la misma, formuladas más arriba. Si tomamos el punto de vista de "creación de nuevos valores" no hay duda que el capital invertido y el trabajo realizado por las y los trabajadores empleados en este sector no son productivos. Este sería el punto de vista, grosso modo, marxista. Otra cosa no contradictoria con lo anterior es que algunos subsectores del terciario ayudan a incrementar el volúmen de plusvalía por período, siendo la banca el ejemplo clásico. Pero esta definición no se corresponde totalmente con lo que engloban las estadísticas burguesas, ya que éstas incluyen en el sector

CUADRO 3. Participación de la población empleada en servicios en el conjunto de la población civil ocupada. En %.

	1960	1983
Estados Unidos	56,2	68,5
Japón	41,3	56,0
Francia	38,5	58,2
R.F.A.	39,1	52,5
Dinamarca	44,8	64,2
Holanda	39,0	53,2
Estado español	30,1	48,9
Media CEE-10	40,2	57,0
Media OCDE	43,0	59,0

servicios a subsectores que aumentan el valor de las mercancías, siendo pues productivos. Como ejemplo tradicional tenemos el transporte de mercancías. Actualmente, cabe pensar con la introducción de nuevas tecnologías que hay más subsectores a los que debería considerarse productivos. «*¿Por qué es productivo el trabajador que fabrica un torno y no lo es el equipo que diseña un robot, realiza el programa que hace que funcione y lo fabrica?*»(4).

Es cosa reiterada que el sector servicios ocupa una proporción creciente de la población trabajadora en todas las economías desarrolladas (cuadro 3).

También es una constante la creación neta de puestos de trabajo en la mayoría de países capitalistas desarrollados en el sector servicios, a diferencia de la más o menos generalizada pérdida de puestos de trabajo en la industria y en la agricultura. (Cuadro 4).

Estos datos contrastan con la evolución que ha tenido lugar en el Estado español. Aunque los años son distintos (1976 y 1985) la diferente tendencia no ofrece lugar a dudas (Cuadro 5).

A la vista de estos datos, resalta lo siguiente: mientras en casi todos los países comparados el mayor incremento de las ocupaciones en el sector servicios se produce en el sector privado, en el Estado español este sector destruye empleo(5). Caso realmente único en la evolución de las economías de la OCDE en los últimos años. Así, mientras de 1973 a 1983, EEUU e Italia han incrementado un 37,6% y un 34,7%, la población ocupada en el sector privado de los servicios, respectivamente. (Francia, 22,2%; Holanda, 20,2%; Suiza, 17,6%; G. Bretaña, 13,8%; RFA, 5,6%) el Estado español ha perdido el 5,7%.

El sector servicios es el que mayor número de parados tiene, excluído el colectivo que busca trabajo por primera vez. El sector primario agrupa el 8,3% de parados; la industria, el 16,3%; la construcción, el 12,9%; los servicios, el 23% y los que no tenían empleo anterior, el 39,5%, con datos del primer trimestre de 1986.

Es evidente que la importancia cuantitativa que tiene en la actualidad el llamado sector servicios entre la población trabajadora, obliga de por sí a las y los revolucionarios a dedicarle una mayor dedicación. Mientras el capital invertía sólo marginalmente en este sector, era lógico que la atención que éste merecía para una organización revolucionaria fuese pequeño. Pero hoy nadie duda que la paralización de algunos subsectores del terciario (transportes, sistena financiero, telecomunicaciones...) tendrían una repercusión decisiva en el funcionamiento de todo el aparato económico. Una realidad, pues, relativamente nueva que, repetimos, obliga a los revolucionarios a prestar una atención creciente al sector servicios. □

Cuadro 4. Población (en miles) ocupada en el sector servicios

	Sector privado		Sector público		Total		Diferencia
	1973	**1983**	**1973**	**1983**	**1973**	**1983**	
EEUU	37.893	52.158	14.918	16.913	52.811	69.071	+ 16.260
Francia	7.123	8.702	3.059	3.405	10.182	12.107	+ 1.925
Italia	5.410	7.288	2.616	3.298	8.026	10.586	+ 2.560
G. Bretaña	8.541	9.716	4.869	5.234	13.410	14.950	+ 1.540
R.F. Alemana	8.460	8.936	3.339	4.004	11.799	12.940	+ 1.141
Holanda	2.071	2.498	621	811	2.692	3.309	+ 617
Suiza	1.138	1.338	264	317	1.402	1.655	+ 253

Cuadro 5. Población ocupada (en miles) en el sector servicios del Estado español

	1976	**1985**	**Diferencia**
Ocupados S. privado	3.918,0	3.693,5	-224,5
Asalariados S. público	1.094,3	1.449,7	+ 355,4
Totales	5.012,3	5.143,2*	+ 130,9

(*). Desglosados así: 3.789 asalariados + 464.4 no asalariados + 889,8 autónomos.

(4). Ver COMBATE nº 403, artículo "¿Adios al proletariado?" de J. Albarracín.

(5). En los últimos trimestres, el sector de servicios privados está creando empleo intensamente (180.000 puestos de trabajo del 1er trimestre de 1985 al mismo de 1986) hasta el punto de que es el principal factor de recuperación del empleo de la economía.

20 AÑOS DE LUCHA DE LIBERACION NACIONAL DEL PUEBLO PALESTINO

LCR-Israel

Los acontecimientos de los últimos años, sobre todo a partir de la guerra de agresión del Estado sionista en el Líbano plantean difíciles problemas de análisis y de orientación para los revolucionarios. Dentro de la IV Internacional se desarrolla un debate especialmente sobre el movimiento nacional palestino. El texto que publicamos es una resolución política de nuestros camaradas de la LCR de Israel. Esperamos publicar en próximos números de INPRECOR nuevas contribuciones a este debate.

1. Desde la revuelta de 1939 hasta la guerra de junio de 1967, el pueblo árabe de Palestina no tuvo dirección nacional. Su suerte dependía de los regímenes árabes que, en nombre de la "solidaridad árabe", se habían comprometido a utilizar sus recursos en la lucha para liberar la patria palestina. La formación de la Organización de Liberación Palestina (OLP) en 1964 por el régimen egipcio no había supuesto un giro a este respecto. La OLP de Shukeîri no era más que una rama de la Liga Arabe y no tenía ni autonomía, ni base de poder independiente.

La derrota sufrida por los regímenes árabes, especialmente por el régimen de Nasser, en junio de 1967 demostró sin la menor duda que la liberación del pueblo árabe de Palestina no podía ser llevada a cabo más que por el propio pueblo palestino y su movimiento nacional de liberación. La formación del "Fath" en 1965 fué el primer paso hacia la organización de un movimiento palestino de liberación autónomo. El objetivo de Yasser Arafat, Farouk Kaoumi, Halil Al-Wazir y sus camaradas, era crear un movimiento de liberación nacional independiente y militante como el FLN argelino, el FRELIMO mozambiqueño y otros movimientos del tercer mundo. La creación del Fath supuso un cambio en el sentido en que ésta ya no se apoyaba en los regímenes árabes y adoptaba una estrategia ligando la lucha nacional palestina al movimiento nacional árabe anti-imperialista.

2. Las sesiones cuarta (1968) y quinta (1969) del Consejo Nacional Palestino (CNP) confirman la creación de un nuevo movimiento nacional palestino en el que el Fath asume un papel de vanguardia tanto en la nueva organización como en el conjunto del pueblo palestino.

En los años siguientes, el movimiento nacional palestino alcanza su apogeo. Este desarrollo va ligado a la creciente percepción de la bancarrota de los regímenes árabes consiguiente a su rendición a Israel. En aquél momento, el movimiento nacional palestino aparecía como la única esperanza tanto para el pueblo palestino como para el conjunto del mundo árabe.

En consecuencia, no es sorprendente que los regímenes árabes —desde la izquierda del Baag en Siria hasta los autócratas de Arabia Saudita— acuerden ayudar a la OLP prometiendo un apoyo financiero ilimitado a cambio de una no intervención en sus asuntos internos. Sin embargo, el gran prestigio del que gozan los combatientes palestinos constituye en sí mismo un factor desestabilizador decisivo para todos los regímenes árabes: efectivamente, operan como un estimulante de los movimientos de masas en los países árabes. A pesar de los esfuerzos de los dirigentes de la OLP, la "intervención" del movimiento en los asuntos jordanos socava la monarquía hachemita. Esta responde con un ataque frontal contra los combatientes palestinos que habían levantado "un estado dentro del estado" en territorio jordano.

En el "septiembre negro" (1970), el movimiento palestino sufre una derrota en su principal fortaleza, que marca el comienzo de una apreciación distinta de su estrategia. Pero sólo en la decimosegunda sesión del CNP, que tiene lugar tras la guerra de 1973, esta

nueva apreciación se expresa bajo la forma de *«aceptar un plan de formación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza»*.

Para la mayoría de la OLP, especialmente para el Fath, el Frente Democrático y la Saïka, esta decisión implica subordinar la lucha militar a una estrategia política que, al mismo tiempo apuesta por la acción diplomática de los regímenes árabes y se esfuerza por insertarse en el marco de un acuerdo establecido por las superpotencias. Este giro político provoca un debate en la dirección de la OLP y la creación del "Frente de Rechazo", dirigido por el Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP).

Cuando seis años más tarde se reúne la quinceaba sesión del CNP, es evidente que la estrategia política de la OLP no ha hecho avanzar la causa palestina más allá de lo conseguido por la anterior estrategia militar. De esta forma, se crea una nueva unidad, basada fundamentalmente en aceptar el principio según el cual la solución tratada se realizaría por etapas. Según lo interpreta un amplio sector de la dirección de la OLP, esto significa que el proyecto sólo llegaría a cabo tras una lucha prolongada y un cambio en la relación de fuerzas en la zona.

Hasta la guerra del Líbano, la dirección de la OLP se esfuerza maniobrando entre iniciativas diplomáticas, movilización de masas palestinas en los territorios ocupados y una ofensiva militar limitada. No se deben minimizar los logros diplomáticos; sin embargo, nada permitía esperar la inminente instauración de un estado palestino.

3. La OLP no es solamente un movimiento nacional que lucha con las armas; al mismo tiempo es el logro organizativo del pueblo palestino. Incluye instituciones nacionales, políticas, culturales y militares y engloba a todos los sectores del pueblo palestino, especialmente entre los refugiados. Por esta razón la OLP ha sido reconocida como su única representante por la inmensa mayoría del pueblo palestino. El apoyo de masas ha asegurado a la OLP una relativa autonomía y la capacidad de resistir a las presiones del sionismo, del imperialismo y de la reacción árabe.

Nuestra actitud ante la OLP

1. *La OLP es un movimiento nacional de liberación.* En tanto que marco organizativo que reúne a todas las tendencias significativas de la lucha de liberación nacional, la OLP es el movimiento nacional de liberación del pueblo árabe de Palestina y su único representante legítimo.

Un movimiento de liberación nacional —a saber, un movimiento que une



a un pueblo oprimido con el fin de realizar su liberación nacional— no tiene una orientación de clase específica respecto a sus objetivos y a las fuerzas que quiere unificar. La OLP es un movimiento nacional y nosotros definimos nuestra postura respecto a él considerándolo como tal y no como un partido político. La prueba decisiva para un movimiento de liberación nacional reside en su actuación consecuente para conquistar la independencia y la liberación del pueblo que representa.

La OLP es un movimiento revolucionario en la medida en que rompe el orden imperialista de la zona, animando movimientos nacionales anti-imperialistas en Oriente Medio, y socava las bases del régimen sionista-colonialista. Este papel revolucionario se basa en el concepto de "lucha armada", definida como la lucha *independiente* de las masas palestinas en contraposición a una concepción basada en la ayuda exterior de los regímenes árabes o de instituciones internacionales. Está dispuesta a derribar cualquier fuerza que cierre el camino de la liberación nacional palestina.

Igualmente el carácter revolucionario de la OLP se expresa por su actitud ante los judíos de Israel, una de las más progresistas que nunca haya conocido un movimiento de liberación nacional ante un pueblo opresor: la aspiración a vivir juntos en pié de igualdad y mutuo respeto.

2. La actitud de los comunistas revolucionarios respecto a la OLP —como ante cualquier movimiento de liberación nacional—, es de *apoyo incondicional*. Esto no implica necesariamente que haya que estar de acuerdo con la dirección de la OLP o con su línea. Más bien significa que hay que apoyar a la OLP a pesar de los desacuerdos (en caso de que existan desacuerdos). En otros términos, frente al régimen sionista estimamos que si existen desacuerdos, existen *en el seno del mismo campo.*

Nuestro apoyo a la OLP se basa en la idea de que cualquier victoria del movimiento de liberación palestino debilita al régimen sionista, responsable de la expropiación del pueblo palestino, de la ocupación y de la guerra. Es más, cualquier victoria va más en interés de las masas de la región, incluídas las masas judías de Israel.

La liberación del pueblo palestino del sionismo lleva consigo la liberación simultánea de los judíos del Israel del sionismo; por ello la lucha de la OLP es también nuestra lucha. Esta postura que, según nuestra organización, expresa los intereses tanto de los judíos como de los árabes que viven en el Estado de Israel, significa que nos consideramos como parte integrante del movimiento por la liberación de Palestina que, en última instancia, será un movimiento de liberación de todos los que viven en Palestina-Israel, sean judíos o árabes.



Nuestra voluntad es contribuir a la transformación de la OLP de movimiento de liberación nacional palestino que opera en nombre de todos los que residen en Palestina, en movimiento de liberación binacional de todos los residentes de Palestina-Israel. La Liga Comunista Revolucionaria ocupará el lugar que le corresponde en tal movimiento y en sus instituciones.

3. La naturaleza de clase de una tendencia política depende de cierto número de factores: las fuerzas sociales en las que se basa, el origen social de sus miembros y de sus dirigentes, su ideología y sus relaciones políticas con otras tendencias.

La dirección de la OLP proviene de la población palestina refugiada y es producto de tal medio. De él extrae su fuerza y recibe apoyo. En este sentido, la OLP es un movimiento de masas basado en las capas inferiores del pueblo palestino. Sin embargo, la específica situación del pueblo palestino —el hecho de que una parte importante de este pueblo vive lejos de su patria y fuera del territorio dominado por los que le oprimen directamente— ha obligado a la OLP a buscar el apoyo de los regímenes árabes. A su vez éstos han aprovechado la ocasión para quitar al movimiento nacional palestino su potencial revolucionario.

El origen social de la dirección de la OLP, especialmente de la del Fath, se expresa por su ideología que reduce la liberación a la independencia y a la soberanía y que no necesariamente quiere derrocar el orden capitalista en la zona o suprimir las divisiones de clase en el interior del pueblo palestino. En consecuencia, la dirección de la OLP está al mismo tiempo bajo la presión de las masas palestinas, especialmente de los refugiados, que presionan por un cambio radical que podría implicar el derrocamiento del orden burgués en la zona, y bajo la presión de los regímenes árabes, que explotan sus ayudas financiera, política y militar para encerrar a la OLP en el orden reaccionario que ellos representan y ligarla a su política. Cuál de estos dos polos ejerce más presión sobre la dirección de la OLP. En cada momento depende de forma decisiva de la relación de fuerzas global en la zona.

No obstante, hasta ahora la dirección de la OLP ha sido consecuente con sus objetivos incluso cuando ha tenido que pagar el precio de acciones que trastornan el orden imperialista y reaccionario de la zona. Esto justifica que la caractericemos como una dirección nacionalista revolucionaria. Mientras siga subordinando todos los demás intereses al desarrollo de la liberación nacional palestina y mientras tenga el apoyo de la mayoría del pueblo palestino, la dirección del Fath tendrá derecho al apoyo de las fuerzas revolucionarias y proletarias, en el movimiento palestino y en el mundo entero.

Al mismo tiempo, los objetivos de la revolución palestina exigen una actitud diferente frente al orden imperialista y un enfoque distinto de la lucha de clases en el mundo árabe: exigen una estrategia que sólo una dirección proletaria puede asegurar. Si las contradicciones en la zona y en el movimiento palestino se intensifican, los propios límites de una concepción nacional pequeño-burguesa pueden llevar a una situación en que la dirección del Fath, sucumbiendo a la presión reaccionaria, ya no esté en condiciones de actuar en pro de la liberación nacional de Palestina. Por esta razón estimamos que es necesario construir una dirección proletaria del movimiento palestino, una dirección que, más que nacionalista revolucionaria, será marxista y proletaria.

El proceso de burocratización. El hecho de que los recursos y el patrimonio del movimiento palestino no provengan de las masas palestinas, sino más bien de los regímenes árabes, y la naturaleza pequeño-burguesa de la dirección y de los combatientes de la OLP, han tenido un efecto decisivo en la formación en el seno del mo-

vimiento de una capa burocrática que se beneficia de ventajas materiales y que tiene sus propios intereses.

Esta capa burocrática cada vez se ha ido alejando más de las necesidades y aspiraciones de las masas palestinas. Al mismo tiempo ha tendido a contar cada vez menos con las masas. Los intereses del aparato político de la OLP, que considera que debe actuar como un aparato de Estado aunque no tenga su propio Estado, divergen de los intereses y de las aspiraciones de las masas palestinas. Si este proceso continúa y si esta capa toma el control de la OLP, su dirección puede separarse del pueblo y cambiar la naturaleza de la organización; el movimiento revolucionario de liberación nacional se convertiría en un aparato de Estado sin Estado, aliado a la reacción árabe y enfrentándose a los intereses legítimos del pueblo árabe de Palestina. Si tal guión se desarrollase, la OLP se extinguiría y una de sus dos fracciones se convertiría en una fuerza contra-revolucionaria que el pueblo palestino y su dirección deberían barrer para avanzar en su lucha. Hay que decir que no se trata más que de un guión posible; no se puede excluir una rectificación del proceso en cuestión.

La OLP único representante del pueblo palestino. Nuestro apoyo a la OLP y nuestro reconocimiento de que es la única representante legítima del pueblo palestino no dependen del acuerdo con un líder dado o con un programa dado. Tampoco depende de que una institución dada (por ejemplo la ONU, la Liga Arabe, etc) reconozca a la OLP. Nuestra postura se basa exclusivamente en el hecho de que la OLP es un *movimiento nacional de liberación* y que es el único movimiento que cuenta con el apoyo del pueblo palestino. Si esta situación cambia, nuestra actitud también deberá cambiar. Si la OLP no fuese ya un movimiento de liberación nacional o si se dividiese en dos movimientos —gozando ambos de un amplio apoyo entre los Palestinos—, estaríamos obligados a rectificar nuestra actitud en función de las nuevas condiciones.

Tampoco nos comprometemos a asegurar un apoyo eterno a tal o cual sector de su dirección ni a una institución específica. Hemos adoptado nuestra postura sobre la OLP teniendo en cuenta únicamente su papel de marco que agrupa a las diferentes organizaciones de liberación del pueblo palestino.

Nuestro objetivo: la estrategia comunista de liberación

1. Mientras la OLP dice que su objetivo es la liberación de la patria palestina y la formación de un Estado laico y democrático en Palestina, el fin de los comunistas revolucionarios es la combinación de una serie de objetivos ligados entre sí: la liberación nacional del pueblo árabe de Palestina haciendo realidad su derecho a su autodeterminación; la liberación de las masas israelitas del sionismo porque éste las transforma en eternas máquinas de guerra, impide el desarrollo de una sociedad libre y democrática y amenaza su propia existencia en la zona; la expulsión de las fuerzas del imperialismo de la zona; la liberación de los obreros, tanto judíos como árabes, del yugo de la explotación para que puedan convertirse en dueños de su propio destino en una sociedad basada en la libertad y en la igualdad, es decir la instauración de una sociedad socialista.

En realidad, estos cuatro objetivos no son más que uno. No habrá una verdadera liberación del pueblo palestino sin una solución progresista a la cuestión judía. Esto también es cierto en lo concerniente a la liberación del imperialismo y de sus aliados en la zona. Igualmente, la paz, la libertad y la seguridad no se podrán obtener sin solucionar globalmente la cuestión palestina.

Estimamos que ninguno de estos objetivos es prioritario respecto a los otros ni más importante que los demás. Son complementarios y constituyen aspectos interdependientes de una batalla común.

La realización de estos objetivos implica abolir el régimen sionista. En tanto que empresa colonial y cabeza de puente del imperialismo, el régimen sionista se basa en la negación de los derechos nacionales del pueblo árabe de Palestina y constituye una fuente constante de guerra y de usurpación territorial. Ni la paz, ni la libertad, ni la seguridad, ni la prosperidad, podrán ser obtenidas mientras exista un régimen que, intrínsecamente, se opone a las aspiraciones legítimas del pueblo palestino y de los pueblos árabes en general. El régimen sionista es la roca en la que se basa el orden existente y toda tentativa de introducir un cambio deberá entrar en conflicto con él.

2. *La necesidad de un movimiento palestino independiente.* El pueblo palestino es la primera víctima directa de la empresa sionista: por ello representa la vanguardia de la lucha antisionista. La liberación de Palestina debe ser realizada por el propio pueblo palestino, organizado en un movimiento nacional unificado e independiente.

La gran contribución del Fath ha sido comprender la necesidad de construir un movimiento nacional palestino organizado e independiente y haber dado los primeros pasos prác-



ticos en este sentido. La formación del Fath y la transformación de la OLP de instrumento en manos de los regímenes árabes en movimiento nacional de liberación, representaron una etapa cualitativamente nueva no sólo en lo que concierne a la lucha del pueblo palestino, sino también respecto a la lucha revolucionaria contra el régimen sionista y la hegemonía imperialista en la región.

El concepto de *lucha armada de masas* que llama a la movilización y a la organización independiente del pueblo palestino para liberar a su patria, ha sido consecuencia directa de la formación de un movimiento nacional independiente. Los fedayines han representado el símbolo y el eje central de la lucha nacional del pueblo palestino y de una lucha armada dirigida a reconquistar sus derechos y su patria.

3. *Revolución palestina y revolución árabe.*

A. El hecho de haber arrancado la cuestión palestina de las manos de los regímenes árabes para hacer de ella una lucha llevada a cabo por las propias masas palestinas fue sin lugar a dudas un gran paso hacia adelante. Sin embargo, las condiciones totalmente específicas en las que se desarrolla la lucha nacional palestina y más exactamente el carácter único de la colonización sionista exigen que se den otros pasos:

1) A diferencia de otros movimientos nacionales de liberación, el movimiento palestino ha llevado su lucha sobre todo desde fuera, ya que centenares de miles de palestinos fueron expulsados de sus casas.

2) En consecuencia, la lucha palestina ha sido llevada en el marco de una política árabe y en el contexto árabe global.

3) La capacidad de acción del régimen sionista va bastante más allá de las fronteras de Israel-Palestina, y el conflicto palestino-israelí no es pues, más que un elemento —aunque sea central— del conflicto más amplio entre el imperialismo y sus aliados por una parte y el movimiento de liberación árabe por la otra.

4) En el territorio dominado por los sionistas el pueblo oprimido representa una minoría mientras que el pueblo opresor está estructurado en una sociedad de clases y hereda hoy todas las contradicciones y todos los conflictos que se desprenden de ello.

Así, desde un punto de vista objetivo, la lucha palestina no debe enfrentarse únicamente al sionismo: también debe enfrentarse al orden imperialista en el conjunto de la zona, incluido el orden reaccionario árabe. Para cualquier movimiento de liberación ésto sería una tarea de gran amplitud. Es una tarea aún más dura para un movimiento que no actúa en condiciones normales (es decir, en el seno de la propia entidad colonial). Como se desarrolla en países extranjeros, que tienen todos ellos intereses específicos, la lucha palestina no puede evitar en un momento dado entrar en conflicto con estos intereses.

B. *El callejón sin salida del centrismo palestino.* Veinte años de lucha han desvelado los límites estratégicos que se desprenden de la idea de que la lucha palestina pueda ser separada de su contexto árabe general a través de un combate con el único frente del conflicto palestino-israelí. En esto reside el callejón sin salida del centrismo palestino.

La propia dirección del Fath llegó a esta conclusión cuando tras la guerra de octubre de 1973 comenzó a desarrollar un análisis político coordinado con la ofensiva diplomática y militar de los regímenes árabes e integrado en esta ofensiva. El giro posterior a 1973 le llevó a admitir que la lucha había llegado a un "impasse" y que era necesario adoptar un enfoque diferente, ampliar los parámetros de la lucha palestina.

La cuestión que se planteaba en aquel momento y que continúa planteándose en el movimiento palestino es fundamentalmente la siguiente: ¿su lucha debe estar ligada a la de los regímenes árabes o a la de las masas árabes?. En tanto que marxistas revolucionarios, pensamos que las dos ramas de la alternativa son cualitativamente distintas y que esta diferencia implica dos estrategias, divergentes y contradictorias.

C. *El análisis de la OLP: de la no intervención a la integración.*

En un principio, la dirección de la OLP adoptó una política de no intervención en los asuntos internos de los Estados árabes: pretendía ser neutral

en los conflictos entre estos regímenes y las masas. A cambio, los Estados árabes se comprometían a no interferir en los asuntos internos de la OLP y a asegurarle la ayuda financiera y militar que necesitase.

Pero, al margen de su voluntad, el movimiento armado palestino se vio implicado en los asuntos internos de los regímenes árabes. La lucha palestina es intrínsecamente subversiva y no puede sino socavar la estabilidad de los regímenes reaccionarios árabes. Al mismo tiempo no puede sino animar y reforzar la lucha de las masas árabes contra el imperialismo y sus agentes locales, como claramente se demostró tanto en los sucesos de Jordania hasta el 1970 como en los del Líbano hasta la invasión israelí.

En realidad, el conflicto de Jordania era inevitable, a pesar de que el deseo de la dirección de la OLP era no entrar en conflicto con el régimen de Hussein.

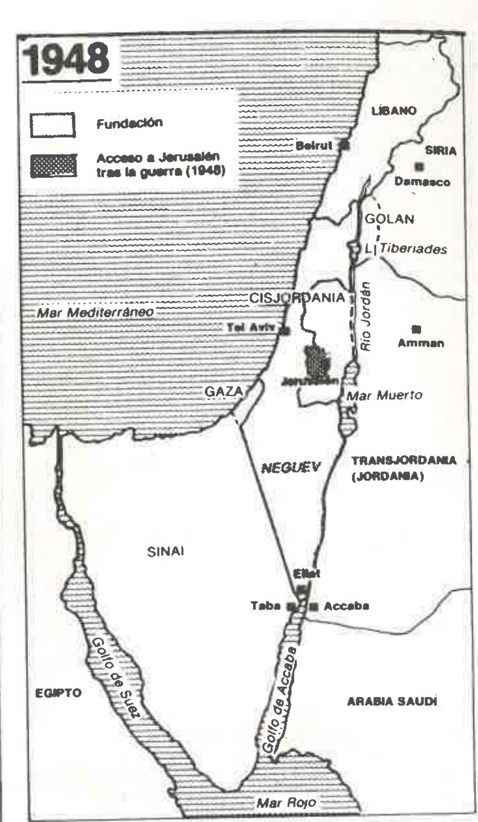
La participación de los palestinos en la guerra civil del Líbano era también inevitable, a pesar de la desesperada voluntad de la dirección de la OLP de permanecer al margen de esta lucha asesina. Pero, en lugar de sacar la conclusión lógica de que la política de no intervención era inaplicable, la dirección de la OLP extrajo la conclusión inversa: a partir de ese momento, debía actuar reforzando su alianza con los regímenes árabes más reaccionarios, esforzándose por insertar a la OLP en sus maniobras estratégicas y ligando así al movimiento palestino a las necesidades globales de la reacción árabe.

Tal política sólo puede conducir a un suicidio político ya que los regímenes burgueses árabes —desde Arabia Saudita hasta Siria— están interesados en suprimir la lucha palestina para evitar que esta lucha pueda derrocarlos. La sustentan del mismo modo que la cuerda sotiene al ahorcado.

D. *El enfoque comunista revolucionario: reforzar la alianza con las masas árabes.*

Así pues si el movimiento palestino quiere vencer al régimen sionista, a los imperialistas que lo apoyan, y a los regímenes reaccionarios árabes, debe reagrupar tras él a otras fuerzas. Estas fuerzas no pueden provenir de las filas de quienes basan su fuerza y su poder político en el apoyo a los enemigos del pueblo palestino. Sólo las fuerzas sociales cuyos intereses coinciden con los intereses del movimiento palestino pueden defender la causa palestina. Se trata pues de las masas obreras y campesinas árabes (y de la mayoría de la población de Israel, como veremos más adelante).

La lucha por la liberación nacional de Palestina es una lucha palestina. La victoria sobre el sionismo exige una



lucha común, llevada a cabo por el movimiento nacional palestino, el movimiento nacional anti-imperialista árabe y los trabajadores israelitas.

Durante la guerra del Líbano se hizo aún más evidente que incluso el extraordinario coraje de los palestinos y la creciente oposición a la guerra en Israel no bastaban para vencer al Estado sionista. Los regímenes árabes permanecían en la banda, no queriendo verse implicados directamente en el conflicto. Desgraciadamente, lo que faltó fué un régimen revolucionario árabe —o regímenes revolucionarios árabes— que se pusiera a disposición de la lucha palestina. Tal régimen sólo puede ser instaurado por una revolución popular.

Se debe clarificar dos aspectos. En primer lugar, no pedimos a la OLP que rompa sus lazos con los Estados árabes. Se debe emplear todo para obtener la ayuda financiera y militar necesaria, incluído el mantenimiento de buenas relaciones. En segundo lugar, tampoco pedimos a los palestinos que derroquen a los regímenes árabes sustituyendo a los obreros árabes. Pero, a nuestro parecer, no se deben hacer ilusiones sobre las relaciones con los regímenes árabes: hay que comprender que se trata de alianzas temporales, hechas posibles hoy por una relación de fuerzas que obliga a estos regímenes en un momento dado a reconocer a la OLP y a ayudarla. El mejor medio de presionar a los regímenes árabes para obligarles a ayudar a los palestinos es animar a las masas árabes a hacer presión sobre los diferentes regímenes de sus países y no

frenarlas. Por esta razón la alianza estratégica con las fuerzas nacionalistas y obreras de los países árabes es esencial, aunque pueda provocar a los regímenes actuales.

El movimiento palestino debe estar dispuesto a un conflicto con los regímenes árabes en caso de que se diese un cambio en la relación de fuerzas en el seno de un país dado, que pudiese concluir con que el régimen se debilitaba y el movimiento de masas se reforzaba.

Un reparto de tareas entre las instituciones de la OLP y las organizaciones palestinas puede facilitar este análisis, como lo demuestran la experiencia del régimen soviético en los años de la revolución y la actitud del gobierno revolucionario cubano: las instituciones estatales pueden mantener relaciones diplomáticas normales mientras el partido desarrolla relaciones con los movimientos populares de masas.

En definitiva, sólo un movimiento árabe anti-imperialista militante puede representar una base sólida para la lucha nacional palestina y esta perspectiva debe convertirse en eje del movimiento nacional palestino. Los regímenes reaccionarios árabes, sean cuales sean sus propósitos y la forma de sus relaciones con el imperialismo y el sionismo en un momento dado, en el mejor de los casos sólo pueden asegurar a los palestinos un insuficiente apoyo. En el peor de los casos pueden convertirse en los enemigos más directos de la lucha palestina. En el momento de crearse, el Fath lo había comprendido así. Hay que partir de esta idea para salir del "impasse". Esto no debe de ninguna manera llevar consigo un nuevo aislacionismo palestino. Al contrario, es necesario reforzar los lazos con el movimiento anti-imperialista de las masas árabes y estimular este movimiento.

4. *Integrar a los judíos de Israel en la lucha anti-sionista.*

La actitud de la OLP respecto al pueblo de Israel es una de las manifestaciones de su carácter progresista. Pocos movimientos de liberación han incluido en su programa un llamamiento a la coexistencia con el pueblo opresor. Tal actitud positiva por parte de la aplastante mayoría de la OLP se explica tanto por la naturaleza progresista de ésta como por su comprensión de la naturaleza compleja y única del pueblo de Israel.

Sin embargo la actitud de la OLP, aunque liberal y progresista, no nos satisface en tanto que internacionalistas. No tiene en cuenta la realidad social israelí. Toma a los israelitas como un conjunto de colonos que siguen siendo un elemento extraño en la región. De aquí deducen la prioridad a consignas como "liberación de Palestina" o el "retorno", que parecen reducir el problema a la llegada de extranjeros que han expulsado a los palestinos. Así, el fin es volver y liberar Palestina, aunque se garantizaría a los conquistadores el derecho a permanecer.

La realidad es más compleja. En el marco de la colonización sionista se ha formado una nación judía israelí o una entidad no-árabe de Palestina que posée un conjunto de experiencias y de actitudes comunes. Así, el deseo de liberar a numerosos judíos de la trampa del sionismo no sólo es justo, sino que constituye una precondición necesaria para el éxito de la lucha palestina. El conflicto social está polarizando a la sociedad israelita y la mayor parte de los israelitas —todos los que, en el fondo, no tienen nada que ganar con el aventurerismo sionista y se arriesgan a perder todo lo que tienen— están interesados en dar la espalda al proyecto sionista y ligarse al movimiento de liberación palestino.

Estos judíos israelitas no tienen ningún marco viable alternativo al del sionismo. En realidad, tienen que elegir o una muerte lenta ó un lugar —adquirido por derecho propio y no por gracia concedida— en la nueva sociedad que se construirá sobre las ruinas del proyecto sionista. Un movimiento revolucionario palestino debe emplear lo que haga falta para hablar al corazón de las masas trabajadoras de Israel y convencerlas de elegir la coexistencia. Sin embargo, en el fondo, de antemano no es evidente que los judíos se liberen del sionismo.

No se convencerá a las masas israelitas con palabras bonitas. Su forma de pensar no podrá cambiar más que gracias a un doble enfoque: deberán hacerse conscientes del, cada vez más elevado, precio que deben pagar al aventurerismo sionista y al mismo tiempo ver una alternativa que pueda garantizar su existencia nacional. Limitándose a presentar una alternativa al *statu quo,* no se avanza gran cosa: ¿por qué abandonarían los judíos un barco que funciona bien?. Igualmente, si el pueblo israelita se dá cuenta del gran precio que le hace pagar el apoyo del sionismo pero no ve ninguna alternativa al *statu quo*, el sentimiento de que "no hay elección" se reforzará cada vez más.

Una perspectiva de integración de los obreros judíos en la lucha contra el sionismo conducida por el movimiento palestino será necesariamente una perspectiva de clase. Es en este terreno donde un denominador común entre los intereses de los obreros judios y los de las masas palestinas es posible.

5. *Mejor que "Liberación de Palestina", "Liberación y construcción de*





Palestina-Israel". Ya hemos indicado que existe una diferencia entre la finalidad de la lucha del movimiento palestino como la concibe la dirección de la OLP y los objetivos de esta misma lucha tal como los proyectan los comunistas revolucionarios. La Palestina de 1948 ya no existe, ni económicamente, ni desde el punto de vista de la infraestructura humana, ni siquiera ecológicamente. Es imposible "volver a Palestina" sin encontrarse al lado de los judíos que viven en ella. Una solución progresista y revolucionaria del problema palestino-israelí debe llevar consigo evidentemente la realización del derecho a la autodeterminación del pueblo árabe de Palestina y el derecho de todo palestino a volver a su patria. Pero, si hay que arrinconar los sueños reaccionarios de una restauración de las fronteras de 1948, ésto no será posible más que si liberación de la patria significa también su reconstrucción, teniendo en cuenta los cambios demográficos, económicos, sociales y nacionales que han tenido lugar.

Por ejemplo, con la cuestión de la tierra tan impensable es pisotear los derechos de los refugiados sobre sus tierras, como desmantelar las estructuras colectivas instaladas en el marco del proceso sionista que contienen las semillas del progreso económico y social.

El único medio de combinar los legítimos derechos del pueblo palestino, los derechos de la población judía israelita y los progresos económicos y sociales realizados en los últimos cincuenta años es construir una sociedad socialista planificada centralmente y basada en el poder popular. Esta sociedad explotará los recursos del país en interés de todos sus habitantes y no de una pequeña minoría. Este es el único camino de liberación de Palestina que significa al mismo tiempo liberación de todos sus habitantes, sean judíos o árabes.

Si tenemos en cuenta la realidad tal o cual es, una Palestina socialista deberá ser binacional. Para los socialistas, tal marco exige no solamente igualdad de los ciudadanos, sino también *igualdad de los pueblos.*

En cuanto a la forma en que se concreten los derechos nacionales de los judíos israelitas —federación, confederación, sistema de autonomía regional, etc.—, serán ambos pueblos quienes lo diluciden entre sí en el futuro. Esto dependerá, sobre todo, del proceso de formación de una sociedad nueva y del grado de unidad que se haya alcanzado antes de la liberación. Sería vano dar de antemano una solución detallada. Es suficiente decir que para nosotros el principio de una *Palestina socialista y binacional* tiene importancia capital. A este respecto, no excluímos el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los judíos de Israel, pero no tendría sentido adoptar ahora una consigna así.

En primer lugar, los judíos ejercen actualmente su derecho a la autodeterminación e incluso, lo han ejercido de forma excesiva y deformada, ya que han negado el mismo derecho, en principio y en la práctica, al pueblo palestino. En segundo lugar, cualquier concesión de la soberanía palestina sobre cualquier parcela de territorio palestino deberá ser resultado de negociaciones y de acuerdos recíprocos entre los dos pueblos. Esto también es válido como condición para una eventual entrada del Estado de Palestina-Israel en una unión árabe.

Los comunistas revolucionarios apoyan la unión socialista de la región árabe como paso hacia la explotación racional de los recursos existentes, como instrumento de defensa contra nuevas incursiones imperialistas y como realización de las aspiraciones de las masas árabes a la unidad nacional. De esto se desprende que el objetivo de la Liga Comunista Revolucionaria sea la instauración de un Estado obrero palestino binacional que forme parte de la federación socialista de la región árabe. Este es el objetivo que proponemos a los dos pueblos de Palestina.

6. *Autocrítica.* En el pasado, mantuvimos la afirmación del objetivo antes mencionado rechazando cualquier solución o consigna que no correspondiese a nuestros objetivos estratégicos. Esto era producto de una doble incomprensión. En primer lugar, era erróneo ignorar o descartar programas susceptibles de movilizar a las masas. En segundo lugar, si algo no corresponde a nuestra idea de lo que es un objetivo estratégico correcto, ello no quiere decir que necesariamente esté en contradicción con él.

De hecho, hoy en día estimamos que la perspectiva de la dirección de la OLP respecto a la formación de una Palestina laica y democrática para todos los habitantes del país no está en contradicción con nuestro programa, aunque no corresponda totalmente con él. Apoyamos esta reivindicación-solución porque constituye una solución progresista respecto a lo que existe actualmente y porque puede movilizar al pueblo palestino llamándole a realizar sus aspiraciones, rechazando el colonialismo sionista. Tal solución no va tan lejos como a nosotros nos gustaría, pero es una reivindicación progresista que apoyamos, independientemente de que pueda o no concretarse.

También fue un error nuestro rechazo total a la reivindicación de

"Instauración de un Estado palestino en los territorios ocupados en 1967". Hasta hace algunos años rechazábamos esta consigna, considerándola como intrínsecamente contradictoria con nuestro objetivo de liberación nacional palestina y conflictiva para el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación. Hoy, estamos convencidos de que ésto no es cierto: se trata de una reivindicación justificada y progresista que lleva consigo la negación del actual estado de cosas. Además, esta reivindicación puede movilizar a las masas en una lucha por conseguirla. Sin embargo, rechazamos cualquier enfoque abandonista de la realización de este fin, porque ello sólo puede poner trabas a la liberación nacional en conjunto, o incluso cortar de raíz el cumplimiento de este objetivo parcial.

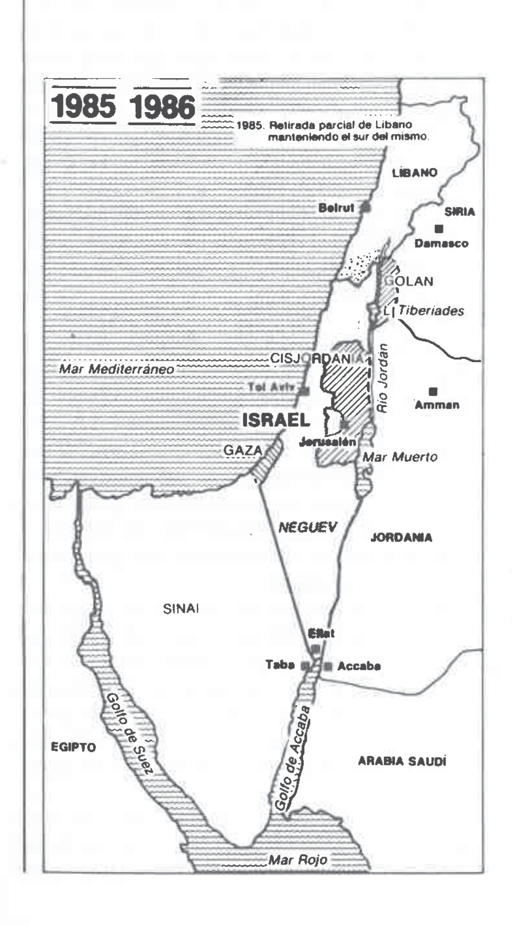
Desde luego, seguimos rechazando la consigna "por la formación de un Estado palestino junto a Israel", así como la consigna "Israel-Palestina, dos Estados para dos pueblos", porque tanto una como otra expresan la idea de que una solución a la cuestión palestino-israelí debe poner el acento en el reconocimiento del Estado de Israel. Tales consignas, presentadas como soluciones, dan a entender que la abolición del régimen sionista no es obligatoria. Y lo que es más, en la medida en que aceptan las fronteras de 1967 como una realidad y aceptan la naturaleza judía del Estado de Israel en el marco de estas fronteras, a pesar de la presencia de los Palestinos ("dos Estados, dos pueblos"), hacen que la formación de un Estado palestino dependa de la existencia y del reconocimiento de la legitimidad del Estado sionista. "Israel-Palestina, dos Estados, dos pueblos" es una solución utópica reaccionaria. "Un Estado palestino en los territorios ocupados" no es una solución. Se trata de una *reivindicación legítima* y de una línea de acción razonable para desarrollar la lucha por la liberación del pueblo palestino.

Por una Palestina socialista binacional

Es difícil prever cuáles serán las formas y los ritmos de la lucha palestina en los próximos años. En gran medida, vendrán determinados por la relación de fuerzas global en la zona. No obstante, no se puede mantener la idea de que el régimen sionista pueda ser derrocado sin etapas intermedias. Nuestro papel —y el papel de la dirección nacional palestina— es lanzar reivindicaciones y fijar objetivos que por una parte correspondan a la actual relación de fuerzas y por la otra puedan provocar cambios positivos en ella. Algunas de estas reivindicaciones pueden ser conseguidas ya que estimulan la movilización de las masas. Otras no podrán ser totalmente satisfechas y entonces erá necesario avanzar otras reivindicaciones en el marco de la lucha por conseguirlas.

Tal programa de transición es pues un puente entre la situación actual y nuestro objetivo estratégico, un puente basado en reivindicaciones parciales susceptibles de desarrollar la lucha y la formación de un movimiento de masas y, en consecuencia, mejorar la relación de fuerzas.

1. *Instauración de un Estado palestino en los territorios ocupados en 1967.* En sí misma, esta reivindicación no puede resolver la cuestión palestina ni la cuestión judeo-palestina. No obstante, marca un objetivo sobre el que las masas pueden movilizarse y crear condiciones más favorables para la continuación de la lucha. En caso de que la relación de fuerzas evolucionase positivamente, esta reivindicación







parcial podría incluso conseguirse. En esta eventualidad, un Estado palestino en Cisjordania y Gaza sería un estímulo para proseguir la lucha antisionista y anti-imperialista.

Es utópico pensar que sea posible obtener la creación de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza "moderando" la lucha palestina, ligándola a la reacción árabe y obteniendo compromisos con el imperialismo. Israel y los Estados Unidos sólo aceptarán la instauración de un Estado soberano palestino si no les queda otro remedio. Incluso en este caso, hacen todo lo que pueden por vaciarlo de todo contenido subversivo y militante.

En la etapa actual, la reivindicación de la instauración de un Estado palestino en Cisjordania y Gaza no es contradictoria con la movilización de las masas. Por el contrario, puede estimular esta movilización. Pero ésto sólo es válido en el marco de la actual relación de fuerzas. Si esta relación de fuerzas cambiase o en una situación diferente (ocupación prolongada y proceso de anexión, movilización de masas en una ola creciente lucha anti-imperialista árabe, disgregación del régimen sionista antes del fin de la ocupación, etc.), esta reivindicación debería ser reexaminada partiendo de un ángulo diferente.

2. *Un plan de paz palestino-israelí.* En la actual relación de fuerzas —que implica la existencia de un movimiento palestino fuerte, pero no suficiente como para vencer a Israel— es posible avanzar un plan de paz que movilice por una parte al movimiento nacional palestino y por la otra a las masas israelitas. Este plan no debería depender de la posibilidad de realizarlo con éxito. El criterio debe ser: ¿podría favorecer la movilización de la mayoría de los palestinos y el inicio de un movimiento de masas en Israel?. Este plan será realista y podrá movilizar a las masas si consta de:

a) El reconocimiento de la existencia de los dos pueblos y de su derecho a vivir como tales en Palestina; negociaciones entre la OLP y el gobierno israelí.

b) Un alto el fuego entre Israel y los palestinos a cambio de la retirada de todos los territorios ocupados en junio de 1967; la instauración de un Estado palestino independiente y soberano; el derecho a la autodeterminación de todos los palestinos que viven en Israel; el compromiso de Israel a colaborar a la resolución del problema de los refugiados.

c) La decisión de que, tras un plazo que se fijaría en el marco de un acuerdo, todas las cuestiones restantes deberían ser llevadas a la mesa de negociación para ser zanjadas (soberanía, relaciones entre los dos Estados y solución al problema de los refugiados).

Una etapa de transición deja sin respuesta cuestiones fundamentales porque actualmente no hay una base

común a los dos pueblos para resolverlas. Pero tal etapa de transición puede contribuir a resolver los problemas más acuciantes y permitir a los dos pueblos establecer relaciones de tipo diferente que abran el camino a una solución progresista para la soberanía, los refugiados, etc.

3. *Programa de transición para la des-sionización de Israel.* Es imposible marginar totalmente la posibilidad de llevar a cabo el plan de paz que acabamos de bosquejar y que supone concesiones que pueden hacerse actualmente y que pueden, pues, movilizar a las masas contra el régimen sionista y sus aliados. Si tal acuerdo se convierte en una posibilidad real, provocará inevitablemente reacciones anti-palestinas. De ésto se desprende la importancia de desarrollar en el Estado judío una campaña de propaganda y movilización contra el sionismo, los factores de guerra y el expansionismo, explotando las relaciones de coexistencia logradas en la fase anterior. Este es el programa que los comunistas revolucionarios avanzan para la des-sionización de Israel, que ya había sido elaborado en textos programáticos anteriores.

Hay que añadir que este programa es importante, incluso si se considera la segunda posibilidad antes mencionada, la de un período prolongado de ocupación y de anexión de hecho. En tal situación, deberíamos avanzar un programa para la democratización de Israel, es decir para la des-sionización del Estado y su transformación en un Estado para todos sus habitantes; en otros términos, un Estado binacional.

Sustancialmente, el plan no supone solamente la abolición de las leyes de discriminación anti-árabe. Supone también la reivindicación de la autonomía de la población palestina como un paso en el camino a la plasmación de su derecho a su auto-determinación.

4. *Tareas inmediatas del movimiento palestino.* La tarea urgente del movimiento nacional palestino es restablecer la relación de fuerzas que se deterioró tras la guerra del Líbano. Mejorar la relación de fuerzas es necesario para que las iniciativas diplomáticas den resultado.

El esfuerzo esencial debe realizarse en este sentido: *reactivación de la población palestina en los territorios ocupados,* que constituye hoy en día la mayor concentración de palestinos. Esta población palestina no ha sido vencida e incluso se ha hecho más fuerte en el transcurso del último decenio. Lo que falta es *una dirección política local capaz de organizar a la población y de presentarle un programa de reivindicaciones concretas por las que movilizarse:* no solamente en un momento dado sino durante un período prolongado. Así pues, lo que se plantea es la cuestión de la dirección y de la organización política que podría desarrollarse si y cuando la dirección de la OLP anime a los residentes de los territorios ocupados a *actuar de forma independiente* y al mismo tiempo anime la creación de una dirección autónoma en sus filas.

Una de las tareas del movimiento nacional —especialmente en los territorios ocupados— es llamar la atención sobre la necesidad de mejorar las relaciones con los grupos israelitas que se oponen a la ocupación. Se debe animar cualquier manifestación de resistencia a la política de ocupación y de anexión.

Pero, especialmente, al movimiento nacional palestino le corresponde mejorar la relación de fuerzas entre la OLP y los regímenes árabes, adoptando una política ofensiva hacia estos regímenes y reforzando los lazos con los movimientos nacionales de los Estados árabes. Tal enfoque ofensivo podrá poner en peligro logros diplomáticos y llevar a las organizaciones palestinas a la época en que no eran habitualmente recibidas en los palacios de Riad o de El Cairo y tenían su sitio entre las masas. Pero tal "desgracia" podrá tener efectos positivos en la medida en que *los logros del movimiento palestino no tienen un gran peso real si no hay una relación de fuerzas más favorable.*

La movilización y la lucha del pueblo palestino son la única garantía de los logros reales del movimiento palestino tanto en el terreno diplomático como en el terreno político y militar. Sólo así se podrá crear una situadión donde los compromisos y los acuerdos podrán realizarse con más eficacia. Ahora es el momento de poner todo el esfuerzo para reforzar la movilización y la lucha, el momento de ligar cualquier otra iniciativa a este objetivo. □





Dessin de Plantu.

MARXISMO, TEOLOGIA DE LA LIBERACION E "IGLESIA POPULAR"

Giulio Gerardi

La experiencia de la revolución nicaragüense ha avivado el debate sobre el papel de los cristianos en los procesos revolucionarios. Desde el punto de vista político, este debate tiene una larga tradición y ha aparecido en todos los países de mayoría católica sometidos a crisis políticas profundas, sobre todo cuando éstas se han dado bajo regímenes dictatoriales. Desde hace algunos años, el desarrollo de la "teología de la liberación" ha añadido un importante aspecto teórico a este debate, que plantea problemas nuevos al marxismo en su crítica de la religión, terreno en el cual no puede decirse que haya habido grandes aportaciones, ni hay ahora grandes avances.

Para dar a conocer los elementos centrales de este debate desde el punto de vista de los creyentes comprometidos en la lucha revolucionaria, nos ha parecido interesante reproducir el texto que sigue de Giulio Gerardi, profesor de Filosofía Política en la Universidad de Sassari (Italia). El texto fue publicado en la revista nicaragüense "Nuevo Amanecer".

Para entender el trastorno que la teología de la liberación provoca, hay que volver a su opción fundamental: la identificación fundamental: la identificación con los oprimidos. Tal descubrimiento en la trayectoria de muchos creyentes, sacerdotes, religiosas, religiosos, ha producido como un quiebre, como una conversión. Es emblemática al respecto la evolución de Monseñor Romero. El fue nombrado Arzobispo de San Salvador, por ser conocido como moderado y prudente, capaz de restablecer el orden en la diócesis, después del "progresista" Monseñor Chávez. Efectivamente, en los primeros días el nuevo Arzobispo habla "desde la Iglesia", y por lo tanto desde una posición política tercerista, que rechaza "toda forma de violencia", ya sea de derecha como de izquierda. Sin embargo, su regla de conducta era ya entonces la identificación con el pueblo.

La muerte de uno de sus colaboradores más estrictos, el P. Rutilio Grande, asesinado por la derecha produce sobre él un efecto traumático. La sangre inocente que lo mancha lo obliga a salir de la "neutralidad". El toma partido por el pueblo. Siempre había estado con el pueblo, pero quizás no había entendido que, para ser consecuente, la identificación con el pueblo implicaba la toma de partido en el conflicto, entre el pueblo y sus enemigos.

Ahora nos interesa aquí subrayar la que fue, según sus colaboradores, la primera expresión teológica de este viraje: la Iglesia decía no existe para sí misma sino para el mundo, para los pobres, para el pueblo. Los pobres son el criterio con el cual la Iglesia tiene que tomar sus opciones, el punto de vista de los pobres tiene que ser el suyo. El lugar de la Iglesia para anunciar auténticamente Jesús en el mundo no es el poder sino la debilidad y la opresión.

La alternativa radical: ¿centralidad de la Iglesia o de los marginados?

Esta es para todo creyente hoy día la alternativa fundamental, la cuestión decisiva: centralidad de la Iglesia o centralidad de los marginados. Si la afirmación de la centralidad de la Iglesia impuso alianzas con los poderes imperiales, la centralidad de los marginados, exige alianzas con las fuerzas que en la historia representan sus intereses, que llevan su lucha, que defienden su cultura. Con la percepción de esta alternativa radical, tenemos una clave para solucionar nuestro problema.

Para entender por un lado la convergencia objetiva, a pesar de la diversidad de motivaciones subjetivas, entre la Iglesia y el imperialismo, entre la jerarquía nicaragüense y la burguesía opositora. En las últimas décadas, la jerarquía se ha preocupado mucho de todo planteamiento filosófico o teológico que teorizara una convergencia entre cristianismo y marxismo. Pero no se ha preocupado ni se preocupa por la convergencia entre cristianismo e imperialismo, que ha marcado decisivamente su historia desde que ella decidió aliarse con el poder imperial romano.

En esta perspectiva geopolítica también se entiende el sentido de la contradicción entre personas y grupos que profesan la misma fe, y que tal contradicción llegue al nivel de la incomunicabilidad. Es que los sectores opuestos pertenecen a mundos en conflictos y piensan en gran medida dentro de culturas antagónicas. Digo "en gran medida", porque en la experiencia de los creyentes la fe permanece irreductible a la cultura y por lo tanto la posibilidad de comunicación y hasta de comunión a pesar del antagonismo no está totalmente excluída. Pero se hace más difícil y supone una fe más profunda, una auténtica capacidad de amar al enemigo, una actitud crítica frente a sí mismo y a sus propios recelos. Actitud que por otro lado, no es incompatible con un convencimiento firme y combativo del valor de sus propias opciones.

Sin embargo, a partir de su opción por los marginados, y consecuentemente, por los pueblos oprimidos, la teología de la liberación tiene que cuestionar la organización del mundo, instaurada por la colonización y fortalecida por la afirmación del imperialismo norteamericano. Por eso mismo la teología de la liberación tiene que cuestionar la cultura y la teología solidaria con esta organización del mundo.

Esto justamente la jerarquía no lo puede tolerar. Aquí está objetivamente, el motivo fundamental (el "principio determinante", según el lenguaje de la instrucción) de su reacción. La teología de la liberación, por ser un cuestionamiento de la Iglesia de la conquista, aparece como un cuestionamiento de la Iglesia como tal.¿No será porque la Iglesia de hoy y su teología no difieren esencialmente de las de la conquista?.

La raíz del malentendido estructural que hemos constatado es justamente



que los diversos sectores de la Iglesia miran a la historia desde puntos de vista diversos y en gran medida antagónicos, con respecto a las luchas de liberación de los pueblos y de los grupos. Pertenecen por lo tanto a culturas diversas y antagónicas: La cultura de la colonización y de la liberación.

Raíz del malentendido estructural: la contradicción estructural

A nivel mundial, la raíz del malentendido estructural dentro de la Iglesia es la contradicción estructural entre el Norte y el Sur, entre el imperialismo norteamericano con sus aliados y los pueblos oprimidos en lucha. Es la contradicción entre los que consideran la organización actual del mundo, con sus estructuras de dominación y de servidumbre, como legítima o por lo menos como la única concretamente posible y los que la cuestionan y luchan para construir una alternativa.

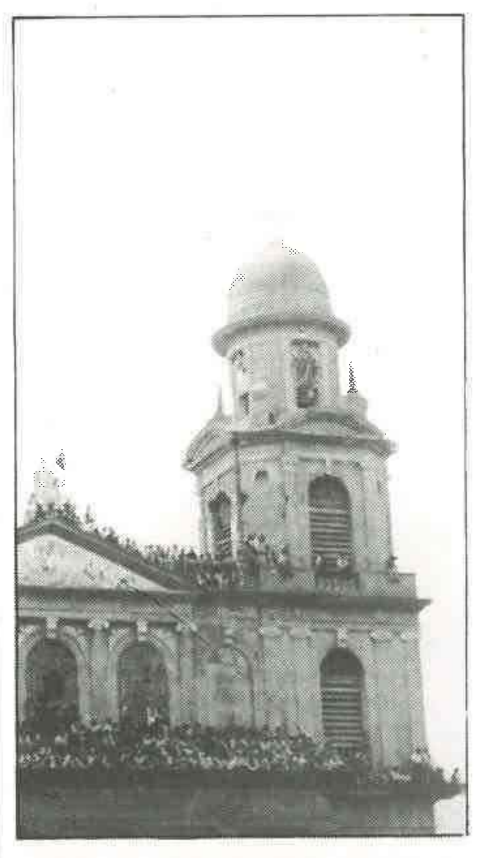
Este conflicto se encuentra en el centro de la historia actual: en función de su éxito, se decide en gran medida el sentido de la historia. De aquí la radicalidad del antagonismo político y cultural entre los sectores eclesiásticos involucrados.

Ocultación del conflicto estructural y mecanismos que lo provocan

Sin embargo, los conflictos estructurales más radicales, a nivel nacional e internacional, tienen tendencias a quedarse invisibles, porque los grupos dominantes intentan perpetuar su dominación ocultándola y presentándola como una relación necesaria y natural. Por otro lado, la jerarquía católica, cuando se alinea con los grupos dominantes contribuye a la ocultación de las relaciones estructurales de dominación proporcionando sus propias justificaciones.

Además, para la misma institución eclesiástica y particularmente para la jerarquía, sus posiciones de clase, sus alianzas objetivas económicas y políticas con los grupos y los pueblos dominantes, son a menudo inconscientes. Lo que ella persigue conscientemente son sus objetivos pastorales y su propia hegemonía.

La búsqueda del poder económico y político, las alianzas con las clases y con los grupos dominantes, la convergencia objetiva de intereses con el imperialismo, la subalternidad cultural, pueden ser inconscientes. La jerarquía puede por lo tanto afirmar con sinceridad que ella está al lado de



los pobres y no del imperialismo. Su intención subjetiva puede estar en contradicción con el impacto objetivo de su praxis y de su pensamiento.

Existen por lo tanto, en la dinámica institucional eclesiástica, mecanismos culturales inconscientes, que ocultan el conflicto estructural entre opresores y oprimidos, implicado en la lógica capitalista e imperialista. Ocultan por eso mismo el papel de objetivo apoyo a la opresión que la Iglesia juega a menudo, el contraste con sus constantes declaraciones de intención.

Desplazamiento de la contradicción

Uno de los más importantes de estos mecanismos es el "desplazamiento de la contradicción"; de lo político-económico a lo ideológico y teológico; de la lucha de clases nacional e internacional, a la contradicción entre marxismo y cristianismo, ateismo y religión; del conflicto Norte-Sur al conflicto Este-Oeste.

¿Cómo se realiza esta transposición?. Para que ella sea posible y eficaz es necesario que la contradicción ideológica y teológica esté clara y que ocupe en la opinión pública el centro de la atención. De aquí la importancia de un modelo de marxismo y de sandinismo, que no deje lugar a dudas sobre su carácter ateo y anticristiano. Se entiende así el papel que juega en la estrategia ideológica de la jerarquía católica y en la del imperialismo, el modelo de marxismo dogmático, que hemos analizado anteriormente. También se entiende la necesidad de establecer a toda costa su estricta vinculación con la teoría de la liberación, con la Iglesia popular, con la Revolución Popular nicaragüense.

En el mismo orden e ideas se entiende el papel de los "modelos" de "teología de la liberación" y de la "Iglesia popular" que la jerarquía elabora para poderlos condenar. Mejor dicho: que elabora para hacer superflua la condena, porque si la teología de la liberación y la iglesia popular fueran realmente lo que dice la jerarquía, sería evidente para todo creyente que ellas se auto-excluirían de la comunión eclesial. Sin embargo, ya sabemos que ningún teólogo de la liberación y ningún miembro de la Iglesia popular se reconoce en aquellas descripciones.

Ellas son por lo tanto modelos; "construcciones", que no reflejan las realidades a las que se refieren; que sin embargo responden a exigencias reales y cumplan una función objetiva: la exigencia y la función de encubrir las contradicciones fundamentales, el conflicto Norte-Sur, y particularmente el involucramiento en él de la misma Iglesia; de encubrir por lo tanto la convergencia objetiva a nivel internacional, entre la hegemonía del imperialismo y la de la Iglesia institucional.

A nivel nacional en Nicaragua los modelos citados cumplen la función de encubrir las contradicciones económicas y políticas de clase, y el involucramiento en ellas de la jerarquía, así mismo la convergencia entre la hegemonía de la oposición burguesa y la de la jerarquía católica.

Con esto, queda más clara la relación entre los dos niveles del debate sobre la teología de la liberación, que hemos distinguido desde un principio. El nivel radical, estructural, donde está en juego la liberación de los pueblos y su enfrentamiento con el imperialismo; la liberación de todos los marginados y su enfrentamiento con los grupos dominantes. El nivel sobreestructural, ideológico y teológico donde se sitúa la campaña eclesiástica contra el marxismo, la teología de la liberación, la Iglesia popular y donde se mueve particularmente la instrucción sobre la teología de la liberación. El vínculo entre los dos niveles es establecido, como vimos, por los mecanismos inconscientes que actúan para desplazar la atención y el debate nacional e internacional de las contradicciones económico-político a las ideológicas.

Queda claro, a partir de este análisis nuestra respuesta a las preguntas que nos hemos planteado sobre las rela-

ciones entre marxismo, teología de la liberación, Iglesia popular. La relación con el marxismo no es de ningún modo el punto de vista central para entender la teología de la liberación, sino que ha sido puesto artificialmente en el centro del debate por exigencias polémicas. Sin embargo no hemos rechazado el debate a este nivel, que tiene su importancia, aunque limitada. Pero nuestra preocupación principal fue de mostrar cómo las respuestas últimas debían ser buscadas a nivel estructural, desenmascarando los intentos de ocultarlo.

Conclusión

En este sentido la polémica sobre el marxismo constituye un buen punto de partida para replantear más allá de esta polémica los problemas centrales y las alternativas fundamentales.

Quiero concluir formulándolos aquí con toda claridad.

¿Es cierto o no, que la Iglesia institucional en el transcurso de la historia se ha aliado constantemente con poderes políticos y económicos opresores y que en nuestros días ella sigue cultivando estas alianzas?.

¿Es cierto o no, que la organización del mundo moderno, la "civilización occidental cristiana" surge de un proyecto común y de una acción convergente de las potencias conquistadoras y de la Iglesia?.

¿Es cierto o no, que hoy día la Iglesia católica desarrolla una política objetivamente convergente con la de la administración norteamericana, y con su proyecto imperial?.

¿Es cierto o no, que las dos potencias tienen, según la fórmula de Reagan "intereses comunes"?.

¿Es cierto o no, que estas alianzas políticas ejercen un influjo objetivo aunque inconsciente, sobre la Iglesia y los cristianos a nivel cultural y teológico?. ¿Que la Iglesia ha sido llevada por estas alianzas a leer el evangelio en cierta medida desde el punto de vista de los poderosos, de los pueblos y grupos socialde dominantes? ¿que la cultura y la teología cristiana tienen carácter euro-céntrica?.

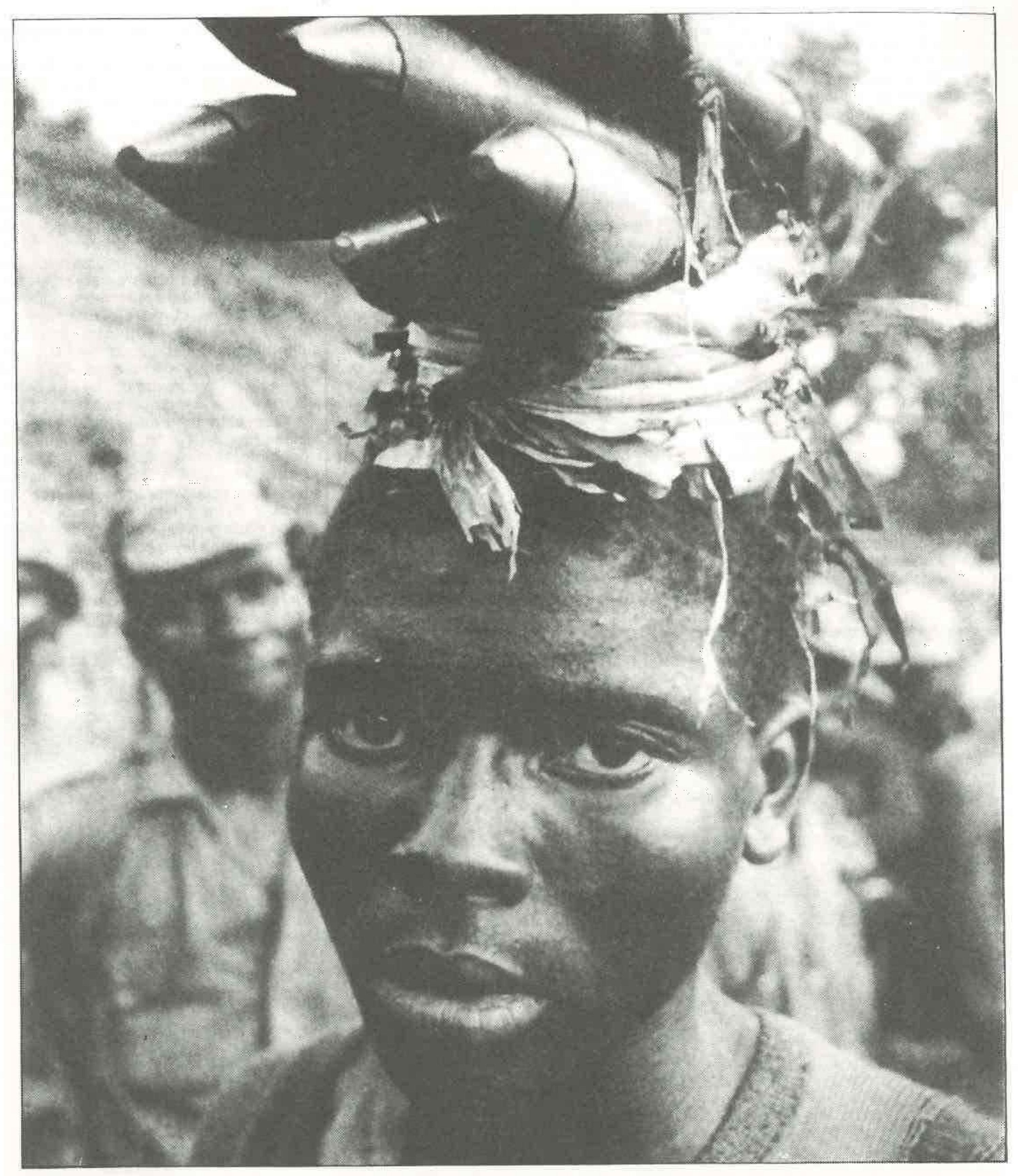
¿Es cierto o no, que hoy día un intento de releer el evangelio desde el punto de vista de los pobres, y de los pueblos oprimidos, lleva consigo un profundo cuestionamiento de la práctica y de la teoría de la Iglesia?.

A estas preguntas, se les puede dar respuestas distintas y antagónicas. Pero ellas no dependen de la adhesión al marxismo: aunque esta teoría puede proporcionar herramientas para sistematizar y profundizar ciertas respuestas.

En último término, la opción fundamental frente a la cual la teología de la liberación nos pone, se refiere, como vimos, a la pregunta ¿qué significa ser cristiano? ¿qué es en el mensaje evangélico lo esencial, la Iglesia o los marginados?. La actitud de la jerarquía es clara y coherente, desde la óptica de la centralidad de la Iglesia. La actitud de la teología de la liberación es clara y coherente, desde la centralidad de los pobres y de los marginados: en otras palabras, desde la centralidad del amor fraterno. Dicha actitud tiene como eje el convencimiento de que la identificación con los marginados es el mandamiento nuevo y renovador, y de que aquí está la esencia de la conversión para todo creyente y para la misma Iglesia.

Pero esta pregunta evoca irresistiblemente otra con la que quisiera concluir la reflexión, ¿la alternativa de frente a la cual nos encontramos no tiene nada que ver con aquella frente a la cual se ha encontrado Jesús?. ¿No tiene nada que ver con la opción entre primado de la ley o primado del amor?. ¿Primado del sábado o primado del hombre.?. ¿Y la condena de la teología de la liberación, no tiene nada que ver con la condena de Jesús?. □



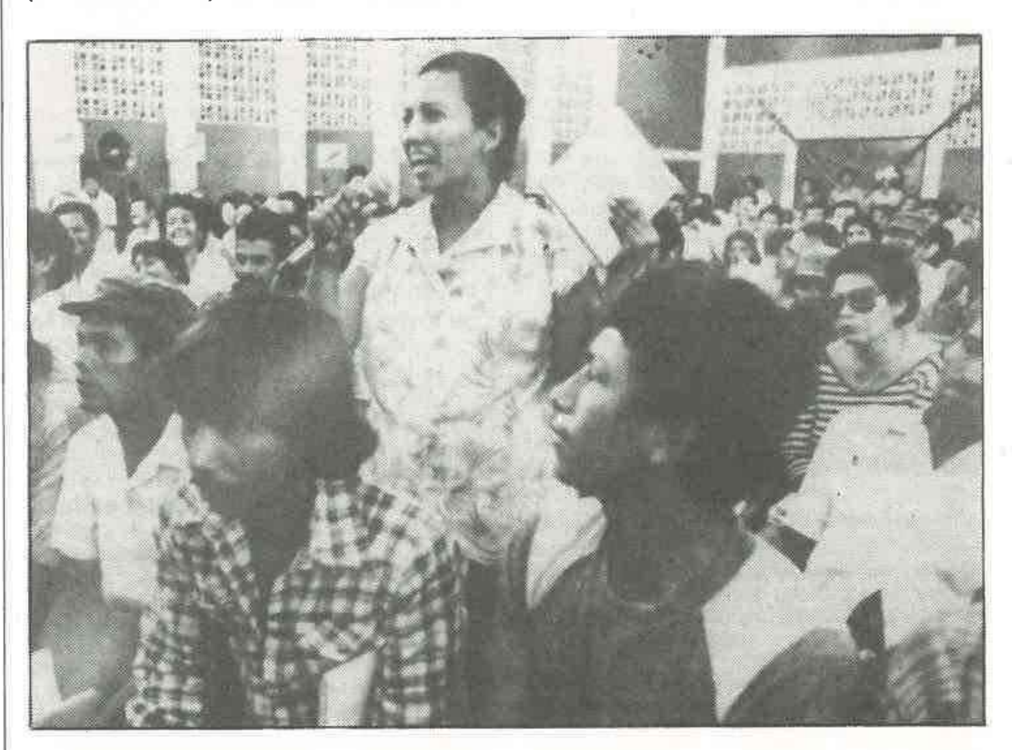


«(...) En su ardor y apresuramiento por probar la misión benéfica y civilizadora del imperialismo —y consiguientemente, por implicación, demostrar que las revoluciones socialistas en los países "menos desarrollados" son un rodeo costoso e inútil—, Warren minimiza sistemáticamente los horrores de la época imperialista, convirtiéndose así en una especie de doctor Pangloss moderno que intenta convencer a los parias de la tierra de que viven en realidad en el mejor de los mundos posibles. Llega hasta pretender que ***"la historia colonial, considerando la inmensa cantidad de gèntes implicadas, ha estado notablemente desprovista de brutalidad masiva"****(19). Lo menos que se puede decir de tal interpretación, es que debe más a Cecil Rodhes que a Karl Marx, cuyo capítulo de "El Capital" sobre "La génesis del capitalismo industrial" es una de las denuncias más virulentas de la brutalidad colonial que hayan sido nunca escritas(...)» (M. Lowy. "Capitalismo versus democracia").*

CAPITALISMO VERSUS DEMOCRACIA

Michel Lowy

Este texto es un extracto de la última parte del libro de Michel Lowy "The Politics of Combined and Uneven Development. The Theory of the Permanent Revolution", publicado en Gran Bretaña por "New Left Books" (Londres 1981).



En 1905, Trotsky afirmó la esperanza de que la revolución permanente condujera al establecimiento de una democracia obrera. Así se produjo efectivamente en Rusia durante los primeros años de la revolución, pero ninguna de las revoluciones de después de 1917 estableció una verdadera democracia proletaria ni incluso fases temporales de democracia de masas por medio de soviets o consejos. Es una cuestión esencial para el porvenir del movimiento socialista saber si esta ausencia de democracia está inevitablemente inscrita en la naturaleza de las condiciones objetivas existentes en los países subdesarrollados. Algunos pensadores marxistas, siguiendo el ejemplo de Karl Kautsky, han interpretado la evolución de la URSS y de los demás Estados postcapitalistas exactamente según este marco fatalista. Semejante perspectiva "neomenchevique" difiere del menchevismo tradicional en que reconoce la posibilidad de una revolución anticapitalista en los países periféricos, pero al mismo tiempo insiste en que tal revolución está condenada a degenerar en el despotismo totalitario. Dado que Kautsky fue el primero que presentó de forma coherente esta posición y que contribuyó a una reformulación importante de la problemática etapista, es útil examinar brevemente la evolución de su análisis de la Revolución rusa.

Inicialmente Kautsky se limitó a la teoría menchevique tradicional, arguyendo, en 1918, que la Revolución rusa no podía escapar a su destino fundamentalmente burgués democrático. En su primer panfleto antibolchevique (*La dictadura del proletariado,* 1918), por ejemplo, pretende que según el marxismo «*la próxima revolución... considerando el atraso económico de Rusia, no puede ser más que burguesa*»; los bolcheviques rechazan a Marx cuando «*intentan avanzar por saltos apresurados o eliminar por medidas legales los obstáculos que representan las fases sucesivas del desarrollo moral*». Niega categóricamente la posibilidad de que el régimen soviético pudiera llevar a

cabo tareas socialistas duraderas: «*Nadie puede aceptar la idea de que han destruido radicalmente el capitalismo... El capitalismo surgirá de nuevo y necesariamente debe resurgir. Probablemente reaparecerá rápidamente...*»(1). Sin embargo un año más tarde, en *"Terrorismo y Comunismo"*, hay un cierto cambio de su óptica: el principal argumento ahora es la caída inevitable del bolchevismo en el futuro próximo(2). Sólo durante los años veinte, cuando el carácter postcapitalista y la estabilidad de la URSS se convirtieron en indiscutibles, Kautsky comenzó a elaborar una nueva formulación teórica. Reconocía que los soviets consiguieron destruir el capitalismo, pero pretendía que el nuevo régimen —que a veces designa como *"capitalismo de Estado"*— es hasta peor que el capitalismo e incluso peor que la Italia de Mussolini. Hacia 1930, llega a una posición que se parece como la imagen de espejo a la doctrina del "socialfascismo" planteada por el stalinismo en aquella época: el bolchevismo y el fascismo son fundamentalmente idénticos (*"Mussolini no es más que el mono de Lenin"*); el enemigo principal de la clase obrera no es ya la contrarrevolución *"primitiva"* de los *guardias blancos* sino el peligro *fascista-bolchevique* (faschistisch-bolchevistisch)(3).

Quede claro que estos excesos polémicos no pueden ser tomados demasiado en serio tanto más cuanto que fueron rechazados por los amigos más cercanos de Kautsky (mencheviques rusos o austromarxistas). Más importante y más interesante es la contribución de Kautsky a la doctrina fatalista de la degeneración inevitable de una "revolución prematura". En todos sus escritos posteriores a 1917, insiste en que el subjetivismo y el voluntarismo desbordados de los bolcheviques condujeron a violar las mutaciones impuestas por las condiciones históricas y a intentar imponer un proyecto socialista a una base socioeconómica inmadura —lo que debía inevitablemente producir una brual dictadura burocrática(4). Es interesante señalar que no atribuyó la responsabilidad de esta catástrofe histórica únicamente al partido bolchevique, sino también a la "degradación" del propio proletariado ruso (el mismo proletariado que admiró en sus escritos de antes de 1917): «*la guerra mundial ha conducido a la degradación moral e intelectual de las clases trabajadoras, no sólo porque ha maltratado a casi todas las capas de la población y llevado a las secciones menos desarrolladas del proletariado a la vanguardia del movimiento social, sino sobre todo porque ha agravado enormemente la miseria del proletariado, reemplazando así la deliberación calmada por la más amarga exasperación*»(5). Va tan lejos en este argumento que critica a los bolcheviques haber claudicado de forma oportunista ante el radicalismo de estas masas atrasadas: «*Los bolcheviques deben su acceso al poder a que han dicho si y amén a todo lo que querían las masas, fuera razonable o no*»(6). La dictadura bonapartista en la URSS era pues una especie de castigo enviado por las leyes de la historia para castigar al radicalismo "loco", "irrazonable" y "exasperado" de la clase obrera rusa.



A los ojos de Kautsky, la única alternativa a esta dictadura burocrática era el restablecimiento de las "fases sucesivas del desarrollo normal": la restauración del capitalismo democrático (el necesario sucesor del absolutismo feudal). En 1930 plantea un "programa democrático" para Rusia que exigía la abolición del monopolio del Estado sobre el comercio exterior para *"permitir el libre cambio"*, y el establecimiento de empresas capitalistas en lugar de las industrias estatalizadas «*cuando ello sea ventajoso para los consumidores y los obreros*»(7). La justificación de tal programa regresivo había sido formulada ya en 1919: «*Cuanto más capitalista por una parte y democrático por otra es un Estado, tanto más está cerca del socialismo*»(8). Sólo gracias al capitalismo democrático puede el proletariado acrecentar su fuerza numérica y adquirir la madurez sociocultural necesaria para permitirle llevar a cabo una trasformación socialista. En realidad, para Kautsky, capitalismo y

Notas:

(1). Kautsky, "The Dictadorship of the proletariat", 1918, The University of Michigan Press, 1964, p. 98, 124-26, 136.

(2). Kautsky, "Terrorismus und Komunismus", 1919, citado por M. Salvadori, "Karl Kautsky and the Socialist Revolution 1880-1938", Londres NLB, 11979, p. 301.

(3). Kautsky, "Der Bolchevism in der Sackgasse", Berlín, Dietz, 1930, p. 102-103.

(4). Ver, Salvadori op. cit. p. 266.

(5). Citado por Salvadori op. cit. p.205.

(6). Kautsky, "Der Bolchevism in der Sackgasse" p.46. Ver también Salvadori op. cit. p.271.

(7). Kautsky op. cit. p.137.

(8). Kautsky, "The Dictatorship of the proletariat" p.96.

(9). Salvadori op cit. p.333.

(10). Salvadori op. cit. p.310-311.

(11). ***«El marxismo nos enseña que el socialismo llegará inevitablemente, según una necesidad natural, a un cierto nivel de desarrollo del capitalismo. Pero con éste está indisolublemente ligado otro conocimiento, a saber, que el socialismo es imposible a un estadio anterior del desarrollo».*** *Kautsky "Die Proletarische revolution und ihr Programm", Berlín, Diet, 1922 p.89.*

(12). Ibid p.159.

(13). Ibid p. 335.

(14). Ver por ejemplo "Un paso adelante, dos pasos atrás".

(15). Rosa Luxemburgo "Questions d'organisation de la socialdemocratie russe" 1904 anexo a Trotsky, "Non taches politiques", París, Belfond, 1970 p. 214.

(16). Bill Warren "Imperialism, pioner of capitalism" Londres NLB 1980 p.26-27.

democracia son virtualmente sinónimos; él preveía en el curso de los años veinte que el fascismo sería necesariamente confinado a países agrarios atrasados como Italia, puesto que el capitalismo industrial moderno no es compatible con tales formas de reacción o autoritarismo...(9). En consecuencia nadie se vió tan trágicamente sorprendido y desarmado por los acontecimientos de enero de 1933 como el propio Kautsky. Pero es importante reconocer que sus argumentos no eran sino reafirmaciones y reformulaciones de las premisas de la doctrina clásica e inflexible del etapismo: el único camino hacia el socialismo pasa por la evolución de capitalismo avanzado, democrático.

Sin embargo, Kautsky y sus continuadores persisten en querer hacer abstracción de una de las contradicciones más fundamentales de su teoría: si las masas rusas "atrasadas" querían la revolución socialista, y si el pecado original de los bolcheviques, fue que "dijeron sí y amén a todo lo que querían las masas", entonces, ¿cómo hubiera podido ser impedida la revolución de Octubre sin una sangrienta represión del proletariado "irrazonable"?. En otros términos, el poder del terror blanco (Denikin) ¿no era la única alternativa histórica real a la defensa obstinada de la revolución proletaria?. Y tras la formación de la URSS, una tentativa de restaurar el capitalismo ¿no conduciría, como subrayó Max Adler contra Kautsky, en 1932, no a un capitalismo "normal", "democrático" sino más bien a una dictadura contrarrevolucionaria que abriría difícilmente el camino para un desarrollo democrático y socialista ulterior?(10). Además, la experiencia histórica de la mayoría aplastante de los países capitalistas dependientes no revolucionarios ¿no muestra que la democracia es una excepción rara, episódica, y que la forma más habitual de poder en ellos es la dictadura autocrática o militar?.

El tema central en las concepciones etapistas de la historia de Kautsky es precisamente el fetichismo de la "madurez". Partió de su orientación teórica general, que concibe el desarrollo sociohistórico en términos neodarwinistas, como «*la evolución de un organismo obediente de las leyes de la "necesidad histórica"*(11). Para Kautsky, la "inmadurez" política del proletariado ruso está directamente ligada a la inmadurez económica del país; analizando la situación catastrófica de la economía soviética hacia el fin de la guerra civil, dedujo la siguiente conclusión: «*Esto no prueba que el socialismo sea imposible en sí mismo. Sino que significa que el proletariado de un cierto país en un momento determinado no está aún maduro para el socialismo, para la autogestión industrial. Que la productividad de su trabajo declina desde que no está sometido al látigo capitalista; que carece de conocimientos económicos necesarios y del sentimiento del deber necesarios, que son otros tantos presupuestos del socialismo como un cierto nivel de concentración del capital*»(12). Sólo pasando por la *"escuela de la producción capitalista"* el proletariado podría, según Kautsky, alcanzar el nivel de madurez requerido para el socialismo y la autogestión.(13)

Es interesante señalar la afinidad paradójica entre el modelo de Kautsky y algunas opiniones de Lenin (antes de 1905) sobre el papel activo crucial de la fábrica para enseñar al proletariado la disciplina y la organización(14). Rosa Luxemburgo, por el contrario, había ya anticipado y criticado esta teoría de la "maduración" del proletariado en la "escuela capitalista" en el curso de su polémica con Lenin en 1904: «*¿Qué pueden tener de común la ciega sumisión de una clase oprimida y el levantamiento organizado de una clase que lucha por su liberación?. No es a partir de la disciplina impuesta por el Estado capitalista al proletariado, (...) sólo extirpando hasta su última raíz esas costumbres de obediencia y de servidumbre la clase obrera podrá adquirir el sentido de una nueva disciplina: la autodisciplina libremente consentida de la socialdemocracia*»(15).

Incluso si la descendencia directa de las tesis de Kautsky es limitada, pueden encontrarse versiones más difusas, en diversos contextos, en varios autores marxistas desde los años veinte hasta nuestros días. Por ejemplo, el argumento según el cual el capitalismo y la democracia burguesa son el indispensable "puente hacia el socialismo", la precondición para la "maduración" política y moral del proletariado es un tema central del reciente libro (póstumo) del marxista inglés Bill Warren, *"El imperialismo, pionero del capitalismo"* (1980). Según Warren, «*La democracia política burguesa proporciona al proletariado las mejores condiciones para adquirir la potencia cultural exigida para llegar a ser una clase dominante*». Se trata de un tema típicamente kautskyano como lo reconoce el propio Warren en una nota a pie de página (cf. K. Kautsky: «*la democracia es un medio indispensable para hacer madurar al proletariado para la revolución social...*(16)

Se encuentran en la obra de Warren cierto número de puntos fuertes innegables, que pueden ser considerados como antídotos saludables contra el rechazo irracional del tipo Khomeiny, de la herencia occidental y otras mitologías nacional-religiosas similares del tercer mundo... Por ejemplo,



Warren tiene razón en señalar que el imperialismo efectivamente ha desarrollado las fuerzas productivas en los países periféricos y que este desarrollo a su vez ha aportado ciertas mejoras sociales importantes en términos de salud, esperanza de vida, educación, etc. Además su crítica de la célebre resolución de 1928 del Comintern, que proclamaba que el imperialismo retardaba necesariamente el desarrollo de las fuerzas productivas y la industrialización, es útil y pertinente, particularmente si se considera que concepciones vulgares y propagandistas de ese tipo florecen aún en los movimientos revolucionarios y/o nacionalistas del tercer mundo.

La posición de Warren está comprometida sin embargo por una simpatía llamativa por el *"papel históricamente progresista"* del capitalismo y del imperialismo, que sirve, a su vez, de soporte para una concepción etapista de la transformación socialista. Los prejuicios de Warren en esta cuestión son tan extremos que hace pensar menos en el menchevismo clásico que en Piotr Struve y la apología del capitalismo ruso por el "marxismo legal". Warren se refiere frecuentemente a las notas admirativas de Marx sobre el papel progresista del capitalismo mundial, olvidando el contexto global de esas afirmaciones: la insistencia coherente de Marx sobre el carácter contradictorio del capitalismo y su combinación de rasgos progresivos y regresivos. Warren opone sistemáticamente Marx al romanticismo anticapitalista, olvidando el interés y la simpatía que Marx mostró por algunos de los más célebres críticos románticos del capitalismo industrial (Sismondi, Carlyle, Balzac, etc.), precisamente porque fueron capaces de comprender, aunque fuera de forma unilateral y utópica, el lado sombrío de la civilización capitalista. Cita ampliamente un artículo de Marx sobre la India, donde se aplaude el papel "progresista" del imperialismo inglés (construcción de ferrocarriles, integración en el mercado mundial, etc.), pero omite mencionar la conclusión de ese texto: tras la victoria del socialismo («*cuando una gran revolución social haya dominado los resultados de la época burguesa*») llegará al fin la época, "en la que el progreso humano dejará de parecerse a aquél terrible ídolo pagano, que no bebía néctar más que en el cráneo de las víctimas sacrificadas"(17). Por otra parte, Warren señala pero sin sacar ninguna conclusión el que Marx esperara que Rusia, gracias al camino alternativo fundado en las viejas comunidades rurales, podría ahorrarse *"las fatales vicisitudes del régimen capitalista"*.(18)

En su ardor y apresuramiento por probar la misión específica y civilizadora del imperialismo —y consiguientemente, por implicación, demostrar que las revoluciones socialistas en los países "menos desarrollados" son un rodeo costoso e inútil—, Warren minimiza sistemáticamente los horrores de la época imperialista, convirtiéndose así en una especie de doctor Pangloss moderno que intenta convencer a los parias de la tierra de que viven en realidad en el mejor de los mundos posibles. Llega hasta pretender que «*la historia colonial, considerando la inmensa cantidad de gentes implicadas, ha estado notablemente desprovista de brutalidad masiva*»(19). Lo menos que se puede decir de tal interpretación, es que debe más a Cecil Rodhes que a Karl Marx, cuyo capítulo de "El Capital" sobre "La génesis del capitalismo industrial" es una de las denuncias más virulentas de la brutalidad colonial que hayan sido nunca escritas. Pero ello no basta a Warren. Niega también que el imperialismo sea intrínsecamente responsable de la malnutrición o el hambre en el tercer mundo. En su opinión, por lo menos sorprendente, el hambre es sólo «*el resultado de errores de orientación, falta de incentivos adaptados y de inversión insuficiente de recursos en la agricultura*». Además, no hay que inquietarse por el futuro, puesto que «*estos errores se están rectificando*» y «*antes o después se van a producir grandes avances, a medida que el capitalismo agrario se desarrolle suficientemente para utilizar métodos más productivos*»(20). Confrontado al hecho de que la desigualdad social tiende a aumentar a medida que los países retardatarios se industrializan, Warren ni se inmuta: «*Esto no puede ser automáticamente considerado como negativo puesto que hay fuertes razones... para creer que esta desigualdad creciente es tanto una causa como una consecuencia del impulso económico*». Además, «*la persecución de la igualdad económica en sí misma es a la vez injusta y antidemocrática*». «*Injusta*» puesto que «*tiende a retribuir de forma igual a grupos diferentes y a individuos con juicios de valor diferentes sobre el consumo, el ocio, la intensidad del trabajo*» etc. Y *"antidemocrática"* porque la mayoría de los habitantes del tercer mundo tienen una profunda aspiración a «*mantenerse a la altura de sus vecinos* (keep up with the Joneses)» que no revela un «*deseo de una orientación económica igualitaria*»(21). Traducido a la realidad presente del tercer mundo, el argumento de Warren, si debe tomarse literalmente, significaría: abolir la desigualdad creciente entre, por ejemplo, Birla, el gran nabab indú, y las masas

(17). Marx "The Future Resultats of the British Rule in India" 1853, in "Marx and Engles on Colonialism" p.90.

(18). Warren op. cit. p.34.

(19). Ibid p.128.

(20). Ibid p.238-253.

(21). Ibid p. 208-211-251.

(22). ibid p.116-210.

(23). Ibid p.24.

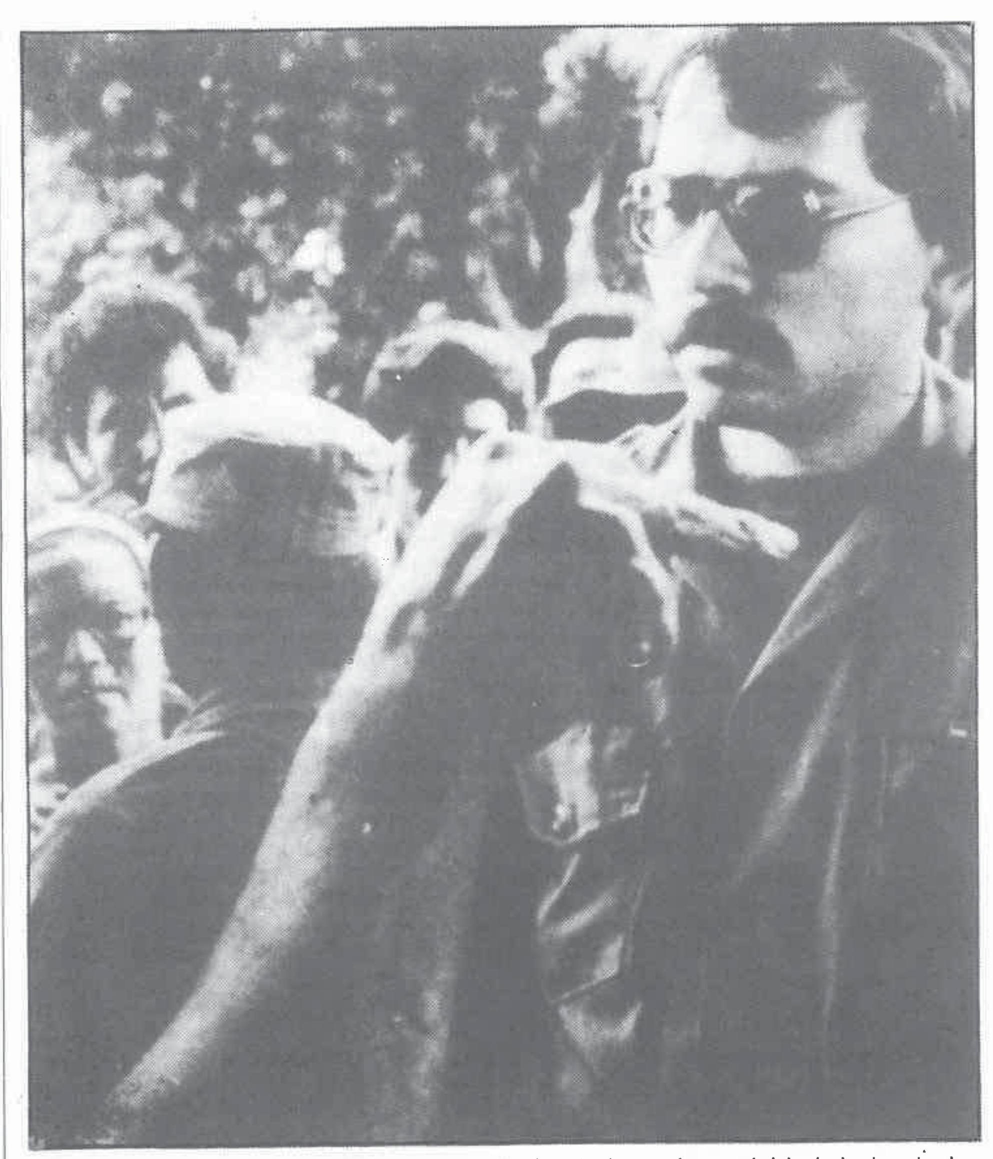
(24). Ibid p.28.

pauperizadas de Calcula sería *"injusto"* puesto que «*tienen juicios de valor diferentes sobre el consumo y el ocio* (¡en efecto!)» y *"antidemocrático"* porque las muchedumbres urbanas miserables y hambrientas están obsesionadas por la aspiración a «*mantenerse a la altura de sus vecinos*».

Warren no hace un balance explícito de las revoluciones socialistas en los países del capitalismo periférico, pero las notas dispersas en su libro sugieren que el imperialismo ofrece un camino preferible, menos costoso y más eficiente para la modernización y la industrialización de los "países menos desarrollados". Reconociendo que la Unión Soviética se ha industrializado en un período extraordinariamente corto, piensa que esto es «*debido a factores específicos que no son necesariamente o fácilmente repetibles*»: en cuanto a China, sólo la menciona para señalar que «*han sido necesarias varias décadas de guerra civil para el establecimiento de un régimen igualitario en China, con todo lo que implica ésto en término de pérdidas económicas*».(22)

Para Warren, como para Kautsky, el socialismo no puede ser sino el producto directo del capitalismo industrial avanzado e insiste en la continuidad económica y cultural necesaria entre ellos(23). La idea de que el socialismo debe inaugurar una civilización enteramente nueva, una ruptura radical con los modos de producción-consumo actuales, eliminando las irracionalidades inherentes al desarrollo capitalista (derroche, obsolescencia planificada, consumo ostentatorio, destrucción ecológica, etc) parece serle completamente extraña.

Sin embargo, el principal pilar de la concepción neoetapista de Warren, así como su convergencia más evidente con la tradición kautskiana, es la idea de que toda una era de democracia burguesa constituye la precondición indispensable para la "educación" de la clase obrera para el socialismo. Como Kautsky, Warren está profundamente convencido de que «*capitalismo y democracia están unidos como hermanos siameses*»(24); sin embargo, como explica en una nota a pie de página, limita el exámen de esta afirmación a Europa occidental. Ello es lamentable puesto que el problema fundamental es precisamente saber si esta supuesta ecuación entre capitalismo y democracia puede ser observada como tendencialmente verdadera en los países menos desarrollados. Lo que se observa es más bien lo contrario: la norma política en los países periféricos que se industrializan más rápidamente (con algunas excepciones parciales como la India o Venezuela) es el poder autoritario o militar, y no la democracia parlamentaria. Ahora bien, ¿qué tipo de capacitación para "administrar una sociedad socialista" puede ser adquirida bajo tal despotismo?. E incluso en las democracias capitalistas avanzadas, ¿qué nivel de cultura socialista se desarrolla en las clases laboriosas cuya principal actividad política es votar cada cuatro, cinco o siete años, mientras que tecnócratas y políticos de la burguesía dirigen la economía y el Estado en el intervalo?. Finalmente, si la democracia burguesa es el "terreno de aprendizaje" decisivo para el socialismo —o, como dice Kautsky, «*el medio indispensable para la maduración del proletariado*»— ¿por qué el proletariado norteamericano, tras más de un siglo de democracia representativa es políticamente todavía uno de los más atrasados e "inmaduros" —desde un punto de vista socialista— del mundo?.



Nos parece que Warren, como Kautsky antes que él, ha ignorado la diferencia fundamental entre democracia burguesa y democracia socialista: mientras que la primera está fundada en la pasividad de los trabajadores, la segunda no puede existir más que por su auto-actividad tanto en el terreno económico como en el político. El proletariado no puede aprender las competencias y el saber hacer necesarios para convertirse en una nueva clase dirigente más que por su propia experiencia, su propia praxis revolucionaria y su propio ejercicio del poder, desde la fábrica hasta la administración general del Estado. Sólo cabalgando se aprende a montar a caballo; no mirando galopar a los demás o ayudándoles —una vez cada cuatro años— a subir al caballo. Hay una contradicción fundamental e irreconciliable entre la ideología naturalista y evolucionista de la "maduración", típica de la escuela kautskiana y la idea decisiva del materialismo histórico, formulada por primera vez por Marx en su tercera "tesis sobre Feuerbach": «*La coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o autocambio no puede ser concebida y racionalmente comprendida más que como praxis revolucionaria*».

Otros ecos de la problemática neoetapista kautskiana —en una dirección muy diferente a la de Warren— aparecen en *"La Alternativa"* de Rudolf Bahro. De entrada, Bahro no parece tener mucho en común con la tradición kautskiana. Por ejemplo considera a la URSS y los demás países postcapitalistas como sociedades *"protosocialistas"* que representan un real progreso en relación al atraso económico: «*Revoluciones como la rusa o la china son la precondición para una victoria contra el hambre*»(25). Al mismo tiempo, Bahro muestra en su notable libro (sin duda una de las contribuciones marxistas más importantes a una teoría de las sociedades post-revolucionarias) que ninguno de esos Estados ha alcanzado todavía un real socialismo y que su naturaleza política es burocrática y despótica.

Donde Bahro coincide con la historiografía fatalista de Kautsky y compañía, es en la afirmación de que el *"despotismo industrial"* —la dictadura burocrática— es un estadio inevitable en la *"vía no capitalista"* de las sociedades subdesarrolladas, post-revolucionarias. En el caso de la URSS, por ejemplo, Bahro está convencido de que el stalinismo correspondía a una necesidad objetiva. Acepta sin dificultad que las formas más extremas de terror y de absolutismo (la *"locura cesariana"*) habrían podido ser evitadas por un dirigente con cualidades subjetivas diferentes de las de Stalin; insiste sin embargo en que la separación entre el progreso material y la emancipación sociopolítica es inevitable, porque «*sólo un gran salto en el nivel técnico y cultural de las masas podría crear precondiciones para relaciones sociales de producción*».(26)

La doble función del Estado soviético durante la era de Stalin —disciplinar el trabajo y resistir a las tendencias igualitarias de las masas— era una condición necesaria para el desarrollo económico del país, considerando el retraso y el desarrollo desigual heredados del viejo régimen. Además Bahro acusa a Trotsky de no haber tomado en consideración más que los determinantes subjetivos del stalinismo, y desecha *"La Revolución Traicionada"* como una versión precoz de la tesis del *"culto a la personalidad"*. Según Bahro, Trotsky no comprendió que si Stalin tomó el poder y lo centralizó brutalmente entre sus manos, fue debido a que *"poseía la pasión históricamente necesaria para crear el aparato de poder para la transformación terrorista por arriba de la que Rusia tenía entonces necesidad"*.(27)

En una vena similar, Bahro polemiza contra Mandel, sosteniendo que una democracia socialista en la URSS en los años 20 y 30 habría sido imposible, ineficaz y económicamente desastrosa(28). Sin embargo, no hace ninguna tentativa para demostrar por qué el "despotismo burocrático" con su cortejo de derroche, corrupción e irracionalidad general, es más "eficaz" en la administración de la economía que la democracia socialista y que en consecuencia, era la única alternativa que garantizaba el desarrollo y hasta la supervivencia de la URSS.

El análisis histórico de Bahro va más allá del caso soviético: afirma que no sólo en la URSS sino en China y en todos los países del tercer mundo, el Estado es «*el dueño de la sociedad en su modernización técnica y social*»(29). En todos los países insuficientemente industrializados, «*la disciplina de obediencia a las instrucciones, que no puede convertirse en efectiva sin un despotismo de un tipo o de otro, es la garantía más segura de que los intereses progresistas triunfarán*»(30). Reconoce honesta y francamente que tal perspectiva corre el peligro de aparecer como apologética, pero pretende que el *"realismo crítico"* revela las diversas formas de dominación despótica que surgen en el curso de la industrialización no capitalista, como *"consecuencias prácticamente inevitables de un progreso histórico definido"*.(31)

Sólo tras la creación por el socialismo de una infraestructura industrial y cultural puede convertirse en una posibilidad histórica concreta la democracia proletaria: este es el estadio alcanzado actualmente por la URSS y los Estados industrializados de Europa del Este.

Al contrario que Kautsky, Bahro opta claramente por la vía no capitalista para la industrialización y la modernización de los países subdesarrollados; pero al mismo tiempo, comparte la convicción kautskiana de que en ausencia de las precondiciones esenciales para la democracia proletaria —industrialización, modernización, y la *"cualificación técnico-cultural de las masas"*—, el despotismo burocrático es inevitable. En consecuencia, concluye con que sólo tras la industrialización (no capitalista) de estas sociedades postrevolucionarias, su proletariado llegará a ser lo suficientemente competente para poder ejercer directamente el poder como clase. Una vez más Rosa Luxemburgo había anticipado este tipo de argumento: en su polémica con los bolcheviques en 1918 escribía: «*la democracia socialista no comienza sólo en la Tierra prometida, cuando la infraestructura de la economía socialista está creada, no es un regalo de Navidad ya listo para el simpático pueblo que ha tenido el gusto, mientras tanto, de apoyar fielmente a un puñado de*

(25). Rudolg Bahro "The alternative in Eastern Europe", Londres NLB 1978 p.58.

(26). Ibid p.117.

(27). Ibid p. 19-20.

(28). Ibid p.104-105.

(29). Ibid p.129.

(30). Ibid p.130.

(31). Ibid p.163.

(32). Rosa Luxemburgo "La revolution russe" 1918, Oeuvres. Maspero 1971 p.88.

(33). Ibid p.85.

dictadores socialistas. La democracia socialista comienza con la destrucción de la hegemonía de clase y la construcción del socialismo(...). Debe emanar de la educación política creciente de las masas populares»(32). En otros términos, la precondición decisiva para la democracia socialista —mucho más importante que el grado de industrialización o el nivel de cualificación técnica— es la praxis revolucionaria acumulada por el proletariado como clase, tanto antes como después de la toma del poder.

Lo que Bahro comparte pues con la tradición kautskiana es una concepción pasiva de la "maduración" (mecánicamente ligada a la modernización, al desarrollo económico etc.) que no toma en cuenta el papel central de la autoactividad y la autoorganización de masas en la "educación" del proletariado, su "aprendizaje" para convertirse en el dueño de la nueva sociedad. Tras la historiografía de Bahro se encuentra la vieja filosofía materialista del siglo XVIII que creía que "las circunstancias moldean a los hombres" y que, en consecuencia, circunstancias atrasadas hacen clases "atrasadas". Esta doctrina, que Marx había criticado de forma radical en las Tesis sobre Feuerbach y otros escritos, conduce lógicamente a un callejón sin salida cuya solución clásica es la idea de un "déspota ilustrado" que cambia las circunstancias y abre el camino para la transformación pedagógica del pueblo. Desde este punto de vista, Bahro es un "Diderot socialista" que justifica el papel histórico de Stalin como el simulacro de Caterina la grande...

Como conclusión, sin embargo, tenemos que reconocer un cierto núcleo racional en las concepciones de Kautsky, Warren y Bahro: es indiscutiblemente cierto que el subdesarrollo económico, social y político es un gran obstáculo para el desarrollo de la democracia socialista y constituye un medio muy favorable para el crecimiento del parasitismo burocrático, el autoritarismo económico y el monolitismo ideológico. Trotsky mismo era perfectamente consciente de ello y en *"La Revolución Traicionada"* subraya el papel poderoso de las condiciones objetivas —sobre todo la penuria— en el triunfo del stalinismo. También estaba convencido de que en un país avanzado como los Estados Unidos, con un alto nivel de industrialización y una larga tradición de democracia, el papel de degeneración burocrática tras una revolución proletaria sería bastante menor. Pero, al mismo tiempo, creía en la posibilidad realista de combatir, incluso en los países más pobres y menos desarrollados, las tendencias hacia la burocratización y la usurpación de la democracia proletaria. Contrariamente a Kautsky y sus semejantes, Trotsky nunca aceptó la tesis de que el despotismo burocrático es una especie de castigo inevitable infligido a los movimientos de masas que se atreven a romper el capitalismo y la dominación imperialista antes de su completa "maduración".

El balance histórico de nuestra época no permite aún emitir un juicio definitivo sobre las posiciones antagónicas de Kautsky y Trotsky, pero parece confirmar más bien la orientación política del segundo que la del primero. Al menos, muestra que no hay relación directa entre el grado de industrialización de una sociedad postcapitalista (o sus tradiciones parlamentarias) y su nivel de osificación burocrática.

En realidad, la variable más importante parece ser si —y hasta qué grado— el Estado postcapitalista ha sido el producto de una auténtica revolución popular. Ciertamente es ésto lo que distingue Cuba y Yugoslavia por una parte (donde el Estado postrevolucionario goza de una popularidad auténtica y donde ciertas formas de poder local existen —a nivel de fábricas o ciudades), de la RDA o Checoslovaquia por otra parte (a pesar de su industrialización y de la tradición democrática de la segunda). La URSS no es como se pudiera creer en un primer momento una excepción a esta regla: la revolución bolchevique produjo un estado revolucionario con más elementos de pluralismo (hasta 1920-21, otros grupos socialistas estaban legalizados y participaban en los soviets) y de democracia socialista, que cualquier otro régimen postcapitalista. Sin duda, esos elementos de democracia fueron erosionados profundamente por la guerra civil y la retirada forzosa hacia la NEP, pero hizo falta el exterminio masivo y sistemático del viejo partido revolucionario para establecer definitivamente la dictadura burocrática en los años treinta.



Parece pues razonable suponer que la intervención de lo que se llama "factores subjetivos" —el carácter participativo del proceso revolucionario, las concepciones democrático pluralistas de la vanguardia socialista, el grado de autoactividad y autoorganización del proletariado y de amplias capas populares, etc—, puede, si no abolir, al menos limitar y contrarrestar las tendencias hacia la burocratización inherentes a la transición al socialismo en un país pobre y subdesarrollado. Considerando por ejemplo la degeneración burocrática de la URSS, hay que contar entre los determinantes "subjetivos" negativos, la falta de vigilancia socialista-democrática de la dirección revolucionaria. Los errores de los bolcheviques en 1917-1923 abrieron el camino al ascenso y más tarde el triunfo del orden burocrático stalinista. Los revolucionarios de Octubre crearon, dejando debilitarse a la democracia proletaria, un Golem —el aparato burocrático— que escapó pronto a su control, fue presa de una locura asesina y finalmente les destruyó. Una vez más, la previsión de Rosa Luxemburgo causa admiración. Contrariamente a Kautsky y los mencheviques, expresó su total solidaridad con el audaz proyecto de la revolución bolchevique pero al mismo tiempo advirtió a Lenin y Trotsky que la debilitación de la democracia socialista conduciría antes o después a un Termidor burocrático.(33)

En consecuencia, está lejos de ser evidente que el despotismo burocrático está inevitablemente inscrito en el proceso de revolución permanente de los países capitalistas periféricos. Habría que verificar, particularmente, si la existencia de formas masivas de autoorganización popular, combinadas con un auténtico compromiso de las organizaciones políticas revolucionarias hegemónicas por la democracia socialista no puede frenar o neutralizar las tendencias "naturales" hacia la burocratización qué resultan de la penuria y el atraso. La investigación histórica y el análisis sociológico no pueden dar una respuesta sin equívoco a esta pregunta: la respuesta pertenece al reino de la futura praxis, en el sentido marxista clásico del término.□